TODAS LAS GUERRAS

Reflexiones sobre la historia
y la práctica de la violencia

Daniel Prieto Castillo

Texto inédito

2002

Pórtico

La historia del hombre ha estado signada desde sus orígenes por dos formas de relación: la violencia y el amor. Si nos asomamos a obras fundacionales de culturas y de credos religiosos (como la Ilíada y la Odisea para los antiguos griegos, la Biblia y el Corán, el Popol Vuh para los antiguos mayas) por doquier encontramos esas dos constantes de nuestra condición humana.

Y no sólo esos escritos fundamentales las muestran. Basta asomarse a las leyendas, a las creaciones literarias, a manifestaciones artísticas a través de la plástica, a la historia misma, para reconocerlas en cualquier cultura.

Tampoco se trata de ir demasiado lejos. Cuando nos detenemos en la historia contemporánea, en lo que viene sucediendo a escala internacional y nacional, en la trama más cercana, la de la vida cotidiana de usted, de todos y cada uno de nosotros, ambas constantes aparecen con toda fuerza y a través de un sinnúmero de caras.

Podríamos llenar páginas enteras con los rostros de la violencia:

-la guerra abierta;
-la humillación;
-la exclusión social;
-la miseria;
-la destrucción del medio ambiente;
-la difusión de modelos caracterizados por su poder sin frenos;
-las armas y la industria de las armas;
-la corrupción;
-la desigual distribución de las riquezas;
-el reclutamiento forzado a grupos e instituciones dedicados a guerrear;

-la industria de la droga;

-los usos sociales de los niños;

-los usos sociales de las mujeres;

-el abandono de los más débiles;

-la exhibición de las riquezas en contextos de miseria;

-el deterioro de los espacios públicos como ámbitos de convivencia;

-la pauperización de los sistemas educativos;

-la pauperización de los sistemas de salud;

-la desnutrición;

-la negación de la propia cultura…

Y también con los rostros del amor:

-el nacimiento;

-el amamantamiento;

-la caricia;

-la solidaridad;

-la construcción de comunidad;

-la alegría de compartir;

-la comida en común;

-la fiesta;

-la fiesta del lenguaje;

-la ternura;

-la amistad;

-la ayuda mutua;

-el respeto;

-la tolerancia;

-el mutuo reconocimiento;

-la estima y la autoestima;

-la vida digna;

-la revalorización cultural…

Este texto inclinará su análisis a las formas de la violencia a escala de la sociedad en general y, sobre todo, a escala de las relaciones cotidianas. No dejaremos de lado los rostros del amor, porque nos mueve el interés por aclarar tales formas, pero sin abandonar nunca la esperanza y el reconocimiento de lo que más nos hace humanos.

Pretendemos revisar con usted modos de relación signados por la destructividad. Ello porque jamás como hoy vivimos tan acechados por el deterioro de las relaciones que sostienen a una sociedad. Jamás como hoy necesitamos construir civilización, desde el alcance de las palabras del filósofo Karl Popper:

> "Construir civilización es disminuir la violencia."

Lo cual quiere decir que cuando más violencia vivimos y protagonizamos, menos civilización tenemos. Recordemos que esta palabra es parte de una familia en la cual están: civilidad, civil. El eje de la lectura pasa por la socialidad. Construir civilización es construir espacios sociales, de convivencia, de reconocimiento del otro y de los otros.

No es posible construir civilización por las armas y por la humillación. De las guerras nada sale, sólo víctimas. Cada uno de los rostros de la violencia que mencioné más arriba, va dejando víctimas. Y toda víctima quedará con alguna marca, a menudo para siempre. Volveremos más adelante sobre este terrible tema. Digamos ahora que la forma más directa de la violencia, la guerra, tiene una primera víctima: la verdad, como dice Norman Birnbaum.[1] También la mentira a escala social se constituye en un modo de violencia.

---

[1] "¿Los medios emboscados en las guerras? Entrevista realizada por la BBC de Londres, 29 de diciembre de 2001.

Pero la guerra no se queda en los grandes conflictos. Hay guerras y violencias mucho más cercanas, ligadas a la vida diaria, en el seno de las instituciones y de las familias. También tenemos allí víctimas, también se producen a esa escala marcas a menudo para toda la vida.

En nuestro análisis nos moveremos en esos dos horizontes: lo que sucede en el plano social general y lo que acaece en las relaciones más cercanas. No perderemos de vista las grandes violencias, pero tampoco las cotidianas, las pegadas a nuestro diario vivir.

¿Qué pretendemos con estas reflexiones? Compartir con usted modos de reconocer la violencia y de situarla en las relaciones sociales. Pero sobre todo buscamos el desarrollo de una mirada dispuesta a no tolerarla, a no aceptarla, a no acabar viéndola como algo natural, como si fuera parte del paisaje o resultara inevitable.

Nada peor para un grupo humano que un acostumbramiento a los mil rostros de la violencia. Nada peor que una resignación o un desentendimiento. Cuando más aceptada está la violencia, más violenta se vuelve una sociedad. Ejemplos en el plano internacional no nos faltan, pero tampoco en la vida de cada país, ciudad, familia incluso.

Por todo esto opté por colocar el título *Todas las guerras* a este libro, porque la violencia está presente en la trama social de manera constante, aún cuando no queramos verla en toda su magnitud. Pero no podemos quedarnos sólo con ella. Como dice Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe: por más que hago el daño, siempre aparece y continúa la vida.

Por eso pretendemos también dialogar acerca de alternativas, a través de los otros rostros, los del amor. Para ello le pediremos sus puntos de vista, lo invitaremos a compartir sus percepciones, su memoria, su conocimiento de situaciones y hechos que merecen el rechazo y de otros que deberían ser conocidos por lo que aportan al crecimiento de la condición humana.

Avancemos, entonces, por este camino que por momentos se llenará de sombras y por momentos también de claridades.

Contenidos y forma de trabajo

Hemos organizado este texto en cinco capítulos:

- Para una historia de la violencia.
- Violencia abierta y violencia silenciosa.
- Derechos humanos y necesidades básicas.
- Violencia y sectores vulnerables.
- Propuestas para la comprensión y la convivencia.

En la primera parte retomaremos momentos cruciales del ejercicio de la violencia, con especial referencia a lo sucedido con las maneras de concebir y de tratar a los niños en distintos momentos históricos. La violencia no nació en el siglo XX, período durante el cual se trató de combatirla, pero sin los resultados que todos deseamos. Las sociedades tienen una larga historia de violencia y las cosas no parecen estar destinadas a cambiar en los próximos años.

En la segunda parte nos detendremos en las formas generales de la violencia, con clara presencia en distintos países (como la guerra, la miseria, las agresiones a la naturaleza) y en lo que sucede en el seno de la vida cotidiana. Recordemos aquí lo señalado con respecto al título del libro: *Todas las guerras*: además de lo que sucede a escala general de la sociedad, hay todo un juego de violencia en las relaciones más cercanas a la intimidad.

En “Derechos humanos y necesidades básicas” nos ocuparemos de los grandes logros del siglo XX, al menos en el plano de las declaraciones: los derechos humanos relacionados con las necesidades básicas. Cuando abordemos estas últimas no nos quedaremos en lo que significan la alimentación y los requerimientos mínimos para supervivencia, sino que tocaremos necesidades ligadas a la construcción de cada ser humano, como la seguridad, el abrigo, la autoconfianza, entre otras.

En “Violencia y sectores vulnerables” dirigiremos la atención a la forma de trato practicada con niños, jóvenes y mujeres. Para profundizar en el análisis apelaremos a los conceptos de “usos sociales” y “discurso identitario”, que nos permitirán echar luz sobre la manera en que se sostienen agresiones y abusos a esos sectores sociales. No estaremos, en ningún caso, hablando de situaciones que no tengan relación con la vida en nuestros países latinoamericanos.

Finalmente, en “Propuestas para la comprensión y la convivencia” trataremos de encontrar alternativas a las duras realidades a las cuales aludimos a lo largo del texto. No somos precisamente unos desesperanzados. Consideramos necesario el señalamiento de los escándalos sociales, pero no para quedarnos en puras lamentaciones. Como seres preocupados y comprometidos con la vida humana, algo que compartimos con usted como lector o lectora de estas páginas, no podemos dejar todo en el terreno de la denuncia.

Por eso las propuestas serán intentos de buscar caminos para tanto dolor vigente en nuestras sociedades. El final del texto será producto de una construcción mutua, entre usted y nosotros.

En realidad, y pasamos ahora a la forma de trabajo, este esfuerzo de construcción está presente a lo largo de todo el material. De trecho en trecho del mismo, usted encontrará propuestas bajo el título “Para practicar”. No nos interesa sólo la lectura y la comprensión de algunos puntos planteados en el documento. Lo importante no es conocer algo, sino también, y de manera fundamental, ponerlo en práctica. Por eso le pediremos que haga algo con lo que le proponemos a modo de reflexión.

Y, además, que no lo haga solo, sino siempre en dirección a alguien: su familia, grupos de amigos, colegas de alguna institución. Lo importante es compartir, sobre todo cuando se trata de algo tan lleno de sentido para la reflexión como la violencia en la sociedad.

El material ha sido diseñado para su aprendizaje a través del estudio independiente, para su utilización en grupos de personas interesadas en el tema y también para ser empleado en cursos a cargo de un especialista. Por lo tanto, usted puede estudiar solo, en grupo o participar en un encuentro organizado con objetivos y propósitos pedagógicos. Cualquiera de las alternativas tiene todo el sentido; aspiramos a la socialización de los temas incluidos en el texto para avanzar en la comprensión de la violencia en las relaciones sociales y, sobre todo, en las transformaciones necesarias en los vínculos para superarla.

Así como se vive desde los primeros años de vida un aprendizaje del amor y la ternura, también se vive un aprendizaje de la violencia. Lo que aquí proponemos es un des-aprendizaje de esta última para, como señalaba Popper, construir civilización en el sentido de darnos la oportunidad de humanizarnos y de humanizar nuestras relaciones.

Comenzamos a trabajar. Gracias por haberse acercado a nosotros.

1

Para una historia de la violencia

Puesto que esta obra está dirigida a la reflexión sobre los alcances de la violencia en la sociedad en general y en la familia en particular, no nos mueve el interés de realizar una historia desde los orígenes del hombre, que irremediablemente se centraría en las guerras y en lo que anunciaron los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Sin duda las guerras han estado presentes a lo largo de toda la historia de la humanidad, pero queremos detenernos en formas más cercanas a la cotidianidad, a lo que le sucede en la vida de todos los días. Algo muy cercano a cada adulto es el hijo o la hija.

Me remontaré para iniciar estas reflexiones en torno a la violencia en el seno de la familia a una historia lejana en el tiempo: la de la guerra de Troya, situada en el siglo XII antes de Cristo. Se cuenta que cuando estaba listo el ejército griego, los dioses se negaron a enviar vientos a las naves para llevarlas por el mar. Pedían, como condición, sangre joven: la de Ifigenia, hija del rey Agamenón. Este, para arrancar a la niña del lado de su madre, mintió diciendo que la llevaba para casarla con Aquiles, el máximo héroe de esos tiempos. El resultado fue horroroso: una hija de 15 años sacrificada por su padre, un engaño atroz (ir camino de la boda para tener una boda de sangre) y una serie de calamidades para esa familia.

De todo ello, marcamos una cuestión que no ha desaparecido para nada en la historia de Occidente: el uso de las y los jóvenes para cumplir con los designios de los adultos. Usted podría argumentar que se trata de un caso extremo. Nadie anda matando hoy a su hija para quedar bien con un dios. Pero los usos sociales no han desaparecido, y en todo caso podemos referirnos a otros dioses, como el dinero, las guerras modernas, el consumo, la droga. Estamos ante formas contemporáneas de sacrificios humanos, nos guste o no, y de sacrificios de las y los jóvenes en particular.

Desde aquellos momentos fundacionales de la historia de Occidente hasta nuestros días, la violencia no ha dejado de estar presente en ninguna de nuestras sociedades y las víctimas se han contado por millones en las grandes contiendas y también en las relaciones cotidianas. Si bien la vida diaria se ha vuelto complicada de más en más en nuestro tiempo, si bien nos movemos en espacios donde la velocidad y la agresión son a menudo constantes, no podemos dejar de reconocer que existe una historia de la violencia de la cual son productos también nuestras sociedades.

Las víctimas más indefensas

Para mostrar lo que venimos afirmando, nos corresponde detenernos en esa historia de la violencia, en especial en relación con el lado más débil de la sociedad: la infancia.

Hay una gran ignorancia en nuestros espacios sociales de lo que significa ser niño, y no sólo entre los sectores de la población más castigados por la violencia de la pobreza.

La sociedad no ofrece recursos para conocer los daños físicos y psíquicos que se le pueden hacer a un niño. Por ejemplo: en general los establecimientos educativos no incluyen en la formación de los adolescentes la información mínima para el conocimiento de los cuidados de un niño pequeño, como nociones de puericultura.

El desconocimiento es tan amplio que la paternidad y la maternidad se asumen como si fueran naturales, cuando faltan elementos básicos para conocer las reacciones de un pequeño. Si se toma en cuenta lo decisivos que son los tres primeros años de vida para cualquier ser, tendríamos que generalizar información y recomendaciones sobre los cuidados en esa primera etapa de la existencia.

Es tanta la presión por solucionar problemas puntuales (enfermedades, desnutrición, violencia directa...) que una concepción más amplia del significado de la infancia, de lo que implica el cuidado en los primeros tiempos, pasa a menudo a segundo plano para atender lo urgente.

Y todo ello es porque, entre otras causas, no tenemos todavía claro, en el espacio de las relaciones sociales, qué se entiende por infancia y qué significan sus riesgos y sus necesidades. Nos movemos en una suerte de *naturalización*, en el sentido de todo lo que van haciendo los padres y la sociedad con los pequeños, como si cualquier exceso tuviera alguna justificación.

Lo que se comprueba es que la idea de niñez es demasiado tardía en la historia, tal como lo expresa la siguiente síntesis de un trabajo de Lloyd deMause[2]:

> Infanticidio (Antigüedad, siglo IV)
> Abandono (siglos IV-XIII)
> Ambivalencia: comienza a disminuir la agresividad hacia el niño y se inician las propuestas en torno a la necesidad de "moldearlo" (siglo XIV-XVII)
> Intrusión: aproximación a los pequeños para dominar su mente, para controlarlos desde su interior (siglo XVIII)
> Socialización (siglo XIX mediados del XX)
> Ayuda (comienza a mediados del XX).

La periodización se corresponde con los estudios que han realizado distintos especialistas a fin de comprobar lo que socialmente era válido en determinado momento histórico. En el primer caso, la justificación lisa y llana del infanticidio. Hay ejemplos terribles de asesinatos considerados necesarios, ya sea porque se buscara la supervivencia del varón, con el abandono y la muerte de las niñas, o bien porque se consideraba a alguien cargado

[2] *Historia de la infancia*, Madrid, Alianza, 1982.

con algún signo que lo hacía peligroso para la comunidad, entre otras posibilidades. El infanticidio no era condenado ni había la reacción moral que hoy tenemos frente a él. Aunque no podemos dejar de señalar su presencia en la actualidad, debido a otros motivos y por medios menos notables que en la antigüedad. Nos referimos a la muerte de niños y niñas por desnutrición, por enfermedades evitables, por ausencia de servicios básicos. De alguna manera estamos ante formas de agresión en las que se juega la vida de muchos niños en la región latinoamericana.

El abandono suponía la renuncia total a hacerse cargo de un niño o de una niña. Esto podía significar el intento de institucionalización, es decir, que la iglesia, por ejemplo, se hiciera cargo de los pequeños, o bien darlos a otras familias, cuando no dejarlos sin ningún cuidado, con el riesgo directo de la muerte. El abandono se ha practicado de manera sistemática a lo largo de siglos y siglos en la historia de Occidente y en nuestros países está muy lejos de desaparecer. Porque no se trata solamente del que practican padres o madres, sino del abandono que la sociedad hace de miles y miles de niños cuando les niega sus más elementales derechos. Si alguien no tiene acceso a la alimentación, a una vivienda digna, a la educación, a un entorno de buen trato, la sociedad en su conjunto lo está abandonando, ya sea por las carencias a que son sometidos los padres o por la negación de posibilidades de desarrollo a lo largo de buena parte de la existencia. Vivimos en sociedades e instituciones abandonantes.

Para practicar

Las cadenas de abandonos

Le proponemos una reflexión en torno a este concepto. Supongamos que usted reconoce una situación de abandono: por ejemplos los niños y niñas de la calle. ¿Podría analizar desde donde viene la cadena de abandonos que los lleva a esa situación?

> Habrá que preguntarse por los padres, sin duda, pero hay causas que están por encima de ellos. El esquema de análisis es así: alguien abandonado que a su vez terminar por volverse abandonante. Nos interesa hacer esa lectura de la realidad para identificar a distintos sectores de la sociedad que van viviendo el abandono y que a su vez se ven obligados a abandonar.
>
> En fin, una vez que haya hecho esa parte de la práctica, le pedimos que se detenga a aclarar el sentido de la palabra: *abandonarse*.

Como indicamos, en los siglos XIV a XVII comienza a reconocerse una entidad social a los niños. Se trataba de moldearlos por algunos caminos para que se introduzcan en la sociedad. Ello se podía hacer mediante reglas muy duras de comportamiento, tanto en el seno de la familia como en las instituciones que los educaban. Eran los tiempos de la creencia del adulto en pequeño. No había consideraciones en torno a la infancia, se buscaba una rápida adaptación al contexto social. Se pedía una racionalidad cercana a la del adulto y para ello valían tanto las prédicas como los castigos corporales.

En el siglo XVIII nace la institución escuela tal como la conocemos en la actualidad. Los alumnos sentados en bancos enfilados frente a la tarima ocupada por el escritorio del maestro, la disciplina como recurso fundamental para conseguir un orden y conductas apropiadas a lo que el mundo adulto pedía. No se excluía la violencia física, pero a la vez surgían formas de relación basadas en la autoridad del maestro, en su palabra, en la escritura y en la lectura en voz alta, en las rutinas a las cuales era necesario atarse para convertirse en una persona valiosa para la sociedad. La clave de la educación era la escuela, que en el siglo XIX se proyectaría como una obligación para todo niño. En 1762 aparece en Francia la obra de Jean-Jacques Rousseau *Emilio*, que significó una ruptura total con la manera de entender el período de la vida que nos ocupa y la educación. Se dice que ese pensador inventó la infancia. Su propuesta “Dejad que la infancia madure en los niños” todavía no se termina de cumplir en nuestro tiempo. Antes de su obra había

niños, pero no se reconocía a esa etapa una entidad propia, no se la consideraba una fase que requería determinadas formas de relación y de inserción en el mundo.

Entramos al período de socialización, que comprende los últimos años del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX. Los avances en el campo de la educación son en este período muy grandes. Por un lado, se consolida definitivamente la escuela, pero a la vez surgen propuestas para comprender mejor la infancia y para respetar a los niños y niñas. Las investigaciones de Lev Vygotsky en Rusia, de Jean Piaget en Suiza, las propuestas de Celestin Freinet en Francia, van marcando una búsqueda orientada al reconocimiento de la infancia y al acompañamiento de los niños en su crecimiento.

Podemos decirlo así: desde el punto de vista teórico se conocen a fondo las necesidades de un niño o de una niña, lo que significan para ellos el entorno familiar, la necesidad de cariño y de seguridad, la estima y la socialización, entre otras posibilidades. Sin embargo, el maltrato continúa vigente y tiende a acrecentarse a medida que se amplían las brechas económicas y sociales entre países y en los países.

DeMausse señala al respecto:

> "Dado que todavía hay personas que matan, pegan y utilizan sexualmente a los niños, todo intento de periodizar las formas de crianza de los niños ha de empezar por admitir que la evolución psicogénica sigue distintos ritmos en distintas familias, y que muchos padres parecen haberse quedado 'detenidos' en modelos históricos anteriores".

Sus afirmaciones valen sin duda para otras instancias de relación social, y no sólo para la familia. Como puede apreciarse en la periodización, la historia de la infancia (que está por escribirse en nuestros países latinoamericanos) caracterizada por prácticas sociales que significaban verdaderos atropellos a los niños y las niñas, ha tenido tardíos desarrollos en

lo relativo a un reconocimiento de las necesidades de los pequeños y de la manera de tratarlos.

No pretendemos afirmar que no ha habido cambios, pero sucede que tampoco ellos han sido todo lo definitorios como quisiéramos en una transformación de las relaciones con los pequeños. La violencia y otras formas de agresión están insertas en la trama de la vida cotidiana y se acrecientan cuando ésta tiende a fracturarse por cuestiones sobre todo económicas.

De otra manera: el maltrato, la indiferencia, la carencia de los más mínimos conocimientos para llevar adelante la vida de un niño o de una niña, son parte central de la vida cotidiana de millones de seres y hoy sabemos que los hábitos cotidianos, surgidos de experiencias personales, no se cambian de manera sencilla. Se trata de remontar situaciones sociales caracterizadas por la miseria y la violencia, pero también maneras de percibir que se han venido cristalizando a lo largo de siglos.

Hemos tocado las formas de violencia practicadas con niños y niñas. Corresponde ahora abrir la mirada a lo más general, para reflexionar sobre la presencia de la guerra en la trama amplia de la sociedad y en la vida cotidiana.

Todas las guerras

Retomo aquí el título del libro. Y lo hago para orientar la reflexión hacia las formas violencia en todo el tejido de una sociedad. Insisto, y lo haré otras veces en este diálogo con usted, en la necesidad de reconocer la guerra como atropello del otro, sea en el campo de batalla o en las diarias relaciones en el hogar. Pero también insisto en la presencia de formas positivas, de la vida basada en el amor.

Cuando se habla de la violencia, la tendencia es a percibirla en el plano social general, a través de sus formas más espectaculares: la guerra y los hechos que a diario nos conmueven por lo que sucede en las calles. Sin embargo, necesitamos detenernos en la presencia de aquélla en todo el tejido social. No están de un lado los violentos y de otro quienes nada tienen que ver son esas prácticas. Si tenemos la capacidad de reconocer lo que sucede en el plano social, nos corresponde también percibir con toda claridad lo que ocurre en la vida cotidiana.

Por eso hablamos de *todas las guerras*, porque las agresiones pueden estar presentes también en la intimidad.

Para introducirnos en el análisis, tomaremos como punto de partida un texto que escribí con motivo del nuevo impulso que se comienza a dar en nuestros días a la carrera de las armas nucleares, a la vez que se profundizan a escala planetaria las desigualdades sociales.

> Hacia 1949 Pedro Salinas (ese inmenso escritor español nacido en 1892, exiliado a causa del franquismo, fallecido en Boston en 1951) escribió uno de los grandes poemas de nuestra lengua, Cero, dedicado a la bomba atómica arrojada sobre dos ciudades abiertas en 1945. No es propósito de estas líneas rescatar todo lo incluido en esa monumental creación, que deberíamos trabajar en los espacios educativos, dentro de los intentos de enseñar poesía respirando poesía y del rechazo a la guerra en cualquiera de sus formas.
>
> Me detengo en uno de los ejes: el tiempo. Salinas vuelve varias veces sobre ese rasgo tan humano, para decirnos:

“Vísperas son capullos. Sí, de dichas;/sí, de tiempo, futuros en capullos. /¡Tan hermosas, las vísperas! /¡Y muertas!” Primer momento: lo que estaba por venir, por llegar desde el mañana, es truncado por la bomba.

“Y así, con lentitud que no descansa, /por las obras del hombre se hace el tiempo /profusión fabulosa.” Segundo momento: la construcción del tiempo por la labor constante de generaciones de seres empecinados en crear cultura.

“Tiempo, fila de gracias que no cesa. /¡Qué alegría, saber que en cada hora /algo que está viniendo nos espera!” Tercer momento: el mañana, la certeza de las horas porvenir, es la mayor dicha, nos hace humanos.

“Sigo escombro adelante, solo, solo. /Hollando voy los restos /de tantas perfecciones abolidas. … /No piso la materia; en su pedriza /piso al mayor dolor, tiempo deshecho. …/Piso añicos de tiempo. /Camino sobre anhelos hechos trizas…” Cuarto momento: la obra de la bomba ha sido hecha, lo abolido es el tiempo humano, El muerto es “el NO dicho a la muerte” a lo largo de la historia del hombre. No era cualquier bomba la estallada por aquellos años. Salinas comprendió su capacidad infinita de destrucción, ni los muertos quedaban a su paso:

“Por el escombro busco yo a mis muertos; /más me duele su ser tan invisibles.” O bien, este anuncio para siempre en nuestro pobre lugar en el universo: “¿Se puede hacer más daño, allí en la Tierra? /Polvo que se levanta de la ruina, /humo del sacrificio, vaho de escombros /dice que sí se puede.”

Aquellas bombas eran apenas balbuceos del horror. El poeta las mostraba en todo su poder de borrar tiempo humano, cultura en suma, edificada palmo a palmo desde las primeras palabras y las primeras miradas. Hoy los balbuceos se han

convertido en aullidos que recorren sin tregua el planeta. Un cero omnipresente estalla y estalla: “Invitación al llanto. Esto es un llanto, /ojos, sin fin, llorando, /escombrera adelante, por las ruinas /de innumerables días. /Ruinas que esparce un cero —autor de nadas, /obra del hombre—, un cero, cuando estalla.”

Es la guerra. Si alguien duda de su presencia, no entiende nada, se imagina en otro planeta hijo de otra galaxia. Es la guerra total. Pero, ¿y si hubiera más de una? Recuerdo la pregunta de Roland Barthes sobre el poder: ¿y si fuera plural, como los demonios? “Legión me llamo, porque somos muchos”, decía el endemoniado en el Evangelio.

Las guerras no son practicadas sólo por los mercaderes de la violencia y de la muerte. Hay otras, como cuando la clase dirigente de un país triplica los índices de pobreza, enajena las riquezas, destruye los sistemas de salud, mina las reservas morales, convierte a millones de seres en mendicantes y abandonados. No hablar de guerra en estos casos, es no entender nada.

El territorio de esta otra guerra es la vida cotidiana; todo se dirige a su destrucción: desfonde de familias, ruptura, a menudo para siempre, de las rutinas del empleo, migraciones, pérdida de los espacios del hogar, caída sin tregua, porque es sabido que en el enriquecimiento y en la miseria, es decir hacia arriba y hacia abajo, no hay límites.

Lo peor de esta guerra es la agresión al tiempo de cada uno. Dos extremos: la reducción de la temporalidad a un terrible esfuerzo por sobrevivir; la horrorosa ampliación del tiempo, por el desempleo y la soledad, tiempo imposible de llenar, inútil, que se escurre como la vida entre los dedos.

Vivimos una guerra contra lo más esencial de un ser humano: el tiempo con sentido, el tiempo de la serenidad, del goce, del estar juntos, de la risa, de la reflexión, de la dignidad de cada vida, de la contemplación, del juego con tus hijos y con tus nietos, de imaginar futuro y no de sentirlo como una amenaza, de la memoria.

Esta guerra, tan guerra como la otra, nos va reduciendo la libertad, expresada en un tiempo con sentido humano. La destrucción frente a la cual creó Salinas su obra, significa la anulación total del tiempo en la muerte. En la destrucción de la vida cotidiana, quedan retazos, harapos de tiempo.

Dos guerras, entonces: el tiempo anulado y el tiempo de la cotidianidad despedazado.

Salinas vio más todavía. En la primera parte de su poema imaginó al piloto del avión mirando desde lo alto, donde la tierra parece un mapa, "¿Y a un mapa distante /quién le tiene lástima?" Hoy esa mirada, todavía algo humana entonces, ha sido reemplazada por los satélites, por los rayos laser, por las pantallas a las cuales se habitúan desde niños quienes deciden tanta muerte.

Pero hay otras alturas, otras distancias desde donde se practica este modo de no ver. Me refiero a las sociales. El poder aguza la mirada en ciertas direcciones y la ciega en otras. Eso del tiempo despedazado le sucede siempre a otros, ¿a quién le puede interesar algo tan lejano? Cuando sólo cuentan las cifras, ¿de qué cotidianidad estamos hablando? Cuando cada día suma una victoria, ¿a qué venir a arruinar la fiesta con el lejano clamor de los derrotados?

Dos formas de la guerra venimos viviendo. Una mata aquí y ahora. La otra lo hace a su ritmo, sin prisa, pero sin detenerse. Una se anuncia con horrenda luminaria, con

estallidos, con el humo oscuro de los cuerpos en llamas. La otra calla sus tercas pisadas y acalla a sus víctimas. A los aullidos una, murmurante la otra; un cero que estalla y un cero que estrangula, asfixia, estrecha los espacios cotidianos, desmenuza el tiempo y lo reduce a migajas.

¿Pudo dejarnos Salinas en su poema un hálito de esperanza? No pudo:

“Hay un crucificado que agoniza /en desolado Gólgota de escombros, /de su cruz separado, cara al cielo. /Como no tiene cruz parece un hombre. /Pero aúlla un perro, un infinito perro /—inmenso aullar nocturno ¿desde dónde?—, /voz clamante entre ruinas por su Dueño.”

¿Es posible sostener un hálito de esperanza en un presente atenazado entre dos guerras? No tengo la respuesta, ni puedo hablar a nombre de nadie. Sólo sé que de tiempo en tiempo, al comienzo y a lo largo de una vida, al comienzo y a lo largo de experiencias históricas, los seres humanos nos empecinamos en refundar la esperanza, a contrapelo de todas las guerras.

Para practicar

Reflexionemos sobre el alcance de la guerra

Como le indicamos al comienzo, el sentido de este texto no está en lo que escribimos, sino en lo que usted interpreta y aporta desde su mirada, sus experiencias y su contexto familiar y social. El material que acaba de leer, inspirado en la creación de Pedro Salinas (por cierto, el texto completo del poema está en Internet, puede usted bajarlo pidiendo a un buscador “Pedro Salinas”+Cero), pretende llevarle elementos para la reflexión en torno a la violencia como práctica presente en toda y cualquier sociedad.

Le pedimos una cuidadosa lectura del texto incluido anteriormente, para identificar en los elementos centrales del mismo. Podemos anticiparle cuál es el más importante para nosotros: el tiempo humano que permite la relación entre los seres y la creación de cultura.

Una vez que identifique esos elementos centrales, le solicitamos que los lleve a su vida cotidiana y a la historia de su país, a fin de revisar qué ha sucedido con esas formas de guerra en las relaciones inmediatas y en la sociedad en general.

No es casual que apelemos a la poesía para una lectura de algo tan terrible de nuestra realidad contemporánea. A menudo nos abisman las cifras y la cantidad de datos, pero acá se trata no sólo de enterarse de, sino también, y fundamentalmente, de sentir lo que significan estas guerras.

Damos a esta reflexión mucha importancia, por lo que le sugerimos que la comparta con familiares y amigos.

La destructividad humana

No es difícil comprobar que la especie más compleja de este planeta henchido de vida, solo con su preciosa carga en medio de un inmenso sistema solar, es la que más posibilidades ha desplegado de destrucción de tan delicado equilibrio.

Hacia donde miremos en estos comienzos del siglo XXI aparecen con fuerza las huellas de esa destructividad. Tomemos como primer ejemplo los daños a la naturaleza, tan presentes en los países centroamericanos con la contaminación y la deforestación, con la pérdida para siempre de especies animales y vegetales, con la tendencia a convertir ríos y fuentes de agua en sumideros de los cuales no asoma ni una brizna de vida. Lo que vivimos en nuestra realidad más cercana se proyecta a escala planetaria de una manera

incontenible. Pensemos, sin ir demasiado lejos, en los enormes buques petroleros que surcan los océanos y son lavados en alta mar para evitar los gastos de un trabajo similar en un puerto, con el consiguiente derrame de combustible. Y eso sin añadir detalles de lo que significan los daños cuando se produce algún accidente, como el hundimiento de un carguero en las costas españolas en el año 2002.

La fiebre de destrucción va de la mano de la fiebre incontenible de consumo, a pesar de que éste no se extiende a toda la humanidad sino a una parte de ella. Entramos así a una segunda forma de agresión generalizada: **la que la humanidad practica consigo misma**. Me refiero a las enormes desigualdades sociales entre países y dentro de cada país. Las cifras son enormes: alrededor de mil millones de pobres repartidos de modo especial en Africa, Asia América Latina. El hambre y la miseria campean por todas partes y no dejan de crecer. Lo sabemos porque lo vemos a diario en las grandes ciudades y en los espacios rurales castigados por la falta de recursos para lograr una vida digna. Lo sabemos porque hemos visto en los últimos años un crecimiento incontenible de niños de la calle, de ancianos de la calle, de mujeres de la calle, lanzados a la limosna, al trabajo, a la prostitución, a la violencia.

La novedad más terrible que aportó el siglo XX, colmo una constante que llegó para quedarse, fue la violencia urbana. Conocemos también de sobra sus formas y sus resultados. Conocemos las maneras de prevenirla, a través de rejas, de sistemas privados de vigilancia, de alambradas electrizadas, de armas, de todo tipo de recursos para asegurarse lo mejor posible. El contexto urbano ha perdido en gran medida su condición de ámbito para la relación y para la socialización. Antes se hablaba de modo elogioso al hacer referencia a alguien con mucha urbanidad. Hoy la urbe se ha convertido en un espacio de agresión, desplazamientos y cada vez menores oportunidades de interacción y de tranquilidad para establecer contactos con los semejantes.

No pretendemos pintar una realidad de todos contra todos, de ninguna manera. Sabemos que las ciudades tienen también su encanto y sus lugares donde es posible gozar de la compañía ajena. Pero no podemos desconocer la violencia callejera, el peso de los desplazamientos confiados a los automóviles, la contaminación cotidiana, no sólo por los gases que arrojan los vehículos, sino también por el sonido, las imágenes. No es sencillo vivir en las grandes ciudades, hace falta extremar medidas de seguridad y hace falta estar casi siempre en actitud de combate, como quien se juega algo a cada paso.

Las agresiones no están ausentes en el contexto familiar, en la intimidad del hogar. Planteamos una escala de lo general a lo particular. La familia ha sido fuertemente vulnerada en la segunda mitad del siglo XX, y de manera especial es sus últimos veinte años. Algunas causas: la necesidad de extremar el gasto de energías para sobrevivir, lo que significa salir a la calle para ganarse el sustento y, en muchísimos casos, dejar abandonados a hijos y ancianos a su suerte. Si algo se ha perdido (no del todo, por supuesto, siempre hay espacios de resistencia) en esos años ha sido la capacidad de la familia de contener a sus integrantes, de acompañarlos, de hacerlos sentir parte de una comunidad, de una totalidad de sentido.

El primer abandono viene de la ruptura de la familia como espacio de contención, es desde ese primer paso que se produce el abandono a la televisión, a la calle, a la vida.

Pero si nos quedáramos con esta mirada, no alcanzaríamos a reconocer lo que sucede dentro de la familia, en el sentido de agresiones que se gestan también en ella. Aclaremos: hemos hablado de una agresión social a la familia, por malas condiciones de vida, por pésima distribución de las riquezas de una sociedad, por falta de viviendas y servicios dignos, por el hecho de forzar a padres y madres a dejar a diario el hogar para ganarse el sustento. Pero esto no termina de explicarnos la destructividad también dentro de la familia. Debemos hacer referencia, y volveremos sobre el tema más adelante, a lo que significan la violencia y el autoritarismo provocados por uno o más miembros de la

familia. No podemos dejar de reconocer esa destructividad, porque si no negaríamos algo presente en nuestro tiempo, algo por demás doloroso para cualquier comunidad familiar.

En definitiva, como síntesis de todo lo dicho en este apartado, estamos ante una larga cadena de agresiones **que atraviesan el trato a la naturaleza, lo social y lo familiar**. Queda todo esto englobado en nuestra expresión anterior: *todas las guerras*, no sólo las generales, las más evidentes, sino las que se ocultan a menudo tras los muros de una vivienda.

Es que desde sus orígenes esta especie nuestra ha venido colmada de una tendencia a la vida y de otra a la agresión y a la muerte. La primera es la que nos hace más humanos, la que nos sostiene en este misterio de un solitario planeta henchido de energía, la que funda el amor y la ternura, la que nos ha hecho dignos depositarios del milagro de la existencia. La segunda es la que nos muestra en lo peor que somos, en nuestra capacidad de frustrar existencias, de arremeter contra este precario equilibrio del planeta, de ensuciar cielos, mares y sueños, de llevar a miles de miles de semejantes al terreno terrible de la humillación. Es incomprensible cómo se puede llegar tan lejos en esa capacidad de destruir y de humillar.

Para practicar

Reflexionemos sobre las dos tendencias

Es muy difícil estar totalmente al margen de las dos tendencias de la humanidad: la de la vida y la de la agresión y de la muerte. Consideramos fundamental una reflexión por parte suya en torno a ellas para continuar avanzando en los temas previstos en este texto.

Le pedimos que busque ejemplos en una y otra dirección en el ámbito de la literatura de su país. No hace falta una investigación larga, sino una búsqueda en lo

que usted ha leído o conoce. Y tampoco embarcarse en un texto completo. Puede ser un relato escrito por un autor conocido, o bien leyendas populares, o testimonios recogidos por estudios sociológicos o antropológicos.

No dejamos fuera de esa búsqueda el testimonio, ya sea el suyo o de otros seres que pueden comunicar lo vivido en alguna de estas formas de guerra.

Lo importante es que analice los casos seleccionados y saque conclusiones de los alcances de ambas tendencias.

El vasto territorio del poder

Entremos a la trama más íntima de todo lo analizado: la del poder. Lo señalado en torno a la destructividad humana se relaciona con formas de poder ejercido en todas direcciones. Nadie, subrayemos **nadie** está libre de alguna forma de poder, sea por sufrirlo o por practicarlo. El poder supone la posibilidad de ejercer alguna fuerza sobre los demás, algún dominio, alguna potestad. Esto para bien o para mal. Dentro de toda familia, por ejemplo, hay ejercicio del poder, sintetizado en expresiones como “la patria potestad”, la tutela, etc. Pero esos principios ordenadores de autoridad y de deberes y derechos, pueden pasar a convertirse en una forma de agresión cuando se pretende que el poder no tiene limites, que todos quienes rodean a alguien están a su disposición para cumplir sus deseos o caprichos.

Volvamos a nuestra afirmación: nadie está libre de alguna forma de poder. Pensemos a escala general de una sociedad: el poder de organizaciones militares, económicas, mediáticas (es decir, de los medios de comunicación), políticas, por mencionar sólo algunas. El poder ejercido desde un país hacia otros, desde un sector social hacia otros, desde las jerarquías en todo tipo de instituciones, desde corporaciones de profesionales, entre otras posibilidades.

No hay sociedad alguna sin ese poder omnipresente. Y utilizamos esta última palabra para aludir a lo que significa el poder en las relaciones más inmediatas, más cercanas. Aclaremos esto: durante mucho tiempo se pensó en el poder social general, sin analizar el poder practicado en la vida cotidiana, en el día a día de la familia.

El poder en las relaciones generales y en las más íntimas.

El vasto territorio de la humillación

El poder en las relaciones generales y en las más íntimas. Necesitamos detenernos lo más posible en esta palabra, humillación, y en sus alcances. Veamos primero su etimología: aparece en ella la raíz *humus*, que significa tierra. El humillado es aquél que es puesto en el mismo nivel que la tierra. De allí expresiones como: "Humillarse ante Dios", es decir, poner todo el cuerpo o las rodillas sobre el suelo. En literatura hay un interesante ejemplo de esto. El escritor argentino Juan Draghi Lucero dice de un personaje en uno de sus cuentos: "Entonces le humilló un desmayo". Es decir, el desmayo dio con su cuerpo en el suelo.

En la línea que venimos presentando, la humillación significa poner a alguien en situación de inferioridad, de arrojado a la tierra, de diferencia total con respecto a quien ejerce alguna forma de poder. Vayamos a las maneras más generales: la humillación de tener que salir a la calle a mendigar, de vivir en míseras condiciones de existencia, de soportar sueldos bajísimos, de hacer largas colas para lograr una precaria atención de salud, de no poder asegurar ni el sustento de los hijos. Y todavía ejemplos más contundentes: la humillación de un país vencido por otro, con la entrada de las tropas triunfales en su territorio. La guerra siempre ha significado la humillación del vencido.

Desde esos grandes horizontes, la escala más cercana: la humillación en el ámbito laboral, cuando no se puede alguien rebelar por no perder su trabajo; la humillación en el ámbito educativo, cuando se producen excesos por parte de los educadores y del sistema que marcan profundamente a los y las estudiantes; la humillación en otros espacios institucionales.

Pero donde más nos interesa reflexionar sobre este concepto es en el espacio de las relaciones familiares. Me refiero a la humillación por la violencia directa (que alcanza el colmo del daño cuando es sexual) y por todas las maneras de practicar en el plano psicológico, de las emociones.

Digámoslo así: de una humillación prolongada, a menudo durante años, siempre es posible esperar conductas mientras dura y después de ella. Ese ser mantenido casi a ras del suelo, desarrolla en primer lugar una incertidumbre incontenible, porque el humillado y la humillada no saben en qué momento se repetirá la agresión, en qué instante se desencadenarán el golpe, la burla o el reproche. Y como no hay organismo vivo que soporte una incertidumbre demasiado prolongada, quien vive con el fantasma de la humillación encima, termina por adoptar conductas defensivas como el callar, el fingir, el ocultar los sentimientos y las razones. Incluso se desarrollan formas de autoagresión, de autohumillación, cuando la actitud defensiva lleva a la culpabilización como una manera de hacer más tolerable la figura del otro (no puedo odiarlo, no puede ser tan malo, algo haré yo también…).

El polo opuesto a la humillación es la dignidad. Esperamos siempre de una sociedad y de una familia que salgan de su interior seres dignos, bien plantados sobre la tierra, con la mirada fresca y firme, capaces de relacionarse y de amar. Pero la humillación conspira contra esto, va minando las reservas de cualquier ser humano.

El poder y los más débiles

No hay nada más frágil, más vulnerable que un ser humano considerado individualmente. Desde el nacimiento hasta el momento de abrirse camino por el mundo, una persona necesita apoyo de su familia y de la sociedad. Abandonado a sus fuerzas, un recién nacido moriría en pocos días. Durante muchos años de nuestra existencia, somos nada más que unas débiles criaturas sostenidas por los otros.

Sin embargo, esa situación de debilidad está desigualmente distribuida en casi todas las sociedades. Hay una parte de la población que constituye su lado más débil. Nos referimos a los niños, las mujeres y los ancianos. Hay sociedades y familias que terminan por ensañarse con esos sectores a menudo desvalidos. Ensañamiento por abandono, por una injusta distribución de los recursos, ensañamiento por indiferencia y ensañamiento por violencia directa.

Frágiles como individuos, frágiles como grandes grupos, los seres humanos necesitamos unos de otros para sobrevivir y para construirnos precisamente como humanos.

Cuando hablamos de los sectores más débiles nos referimos a niños y niñas, mujeres y ancianos. Pero también, con toda fuerza, a los excluidos del reparto de las riquezas, a quienes soportan el hambre y la miseria como una carga cotidiana.

No podemos pretender el logro de ninguna civilización sobre la base de esa precariedad, de esas agresiones a los más débiles. No se construye civilización sobre la base de una sociedad profundamente humillada, con grandes mayorías de seres abandonados a su suerte y con el ejercicio cotidiano de la violencia.

Para practicar

Sobre las formas de humillación

Damos suma importancia en nuestra reflexión al reconocimiento de la presencia de la humillación en el tejido de las relaciones humanas. Y lo hacemos porque a menudo vivimos en una especie de acostumbramiento a verdaderos escándalos sociales que se nos aparecen como naturales, como si toda una exhibición del horror y de la violencia fueran tan naturales como las estrellas y el viento.

Necesitamos detenernos en lo que significan las prácticas de la humillación en nuestros espacios de vida, tanto en las que hemos sufrido como en las que podemos reconocer entre nuestros semejantes. Le pedimos que se detenga a reflexionar sobre este tema y a buscar ejemplos en su vida y en la de otros y otras.

Si bien nuestro propósito no es incursionar en su vida cotidiana, en su intimidad, resultaría de suma importancia una mirada a usted mismo para comprobar la posible presencia de la humillación y también para analizar la manera en que la misma fue recibida, procesada y superada.

Hay situaciones que nos marcan por años y años, de las cuales es muy difícil salirse, al menos en los recuerdos y muchas veces en el resentimiento y el dolor. Y hay otras que son superada rápidamente, porque se cuenta con los recursos emotivos y personales válidos para hacerlo.

En todos los casos el problema merece detenerse a revisarlo y buscar una clara conciencia con respecto a él, porque lo que aquí proponemos es dicha conciencia dirigida a evitar la práctica de la humillación hacia otros seres. A menudo la misma es llevada adelante como si fuera natural, como si el otro o la otra no tuvieran una sensibilidad, unas emociones que podrán ser heridas a menudo por años y años. Es en el juego de la vida cotidiana donde se producen en muchas ocasiones las humillaciones, pero también en las relaciones dentro de las instituciones, por ejemplo, en el caso de la subordinación a otros por razones laborales.

La trama de la humillación es mucho más profunda y delicada de lo que creemos, lo importante es reconocerla y evitar su práctica.

Y le pedimos que, como resultado de su reflexión, que escriba un breve texto para compartirlo con su familia y otras personas allegadas.

2

Violencia abierta y violencia silenciosa

Los caminos de la violencia se han multiplicado a lo largo del siglo XX. No pretendemos idealizar para nada los anteriores períodos de la historia de la humanidad, pero en la última centuria todo se multiplicó. Por empezar la población. A fines del XIX el planeta tenía alrededor de 900 millones de seres humanos. A fines del XX llegamos a 6000 millones. Esto se evidenció de modo especial en la conformación de las ciudades. Un ejemplo: hacia 1957 México Distrito Federal tenía 4 1/2 millones de personas, hoy supera los 22 millones.

Semejante estallido demográfico estuvo acompañado de otros estallidos, Tomaremos como ejemplo tres que tienen una enorme presencia en la sociedad:

- la construcción;
- la producción de mercancías;
- la generación de basura.

El incremento de los espacios habitacionales ha sido fantástico, con la expansión de las urbes en todas direcciones, a menudo sin planificación y si un ordenamiento mínimo. Pensemos en ciudades como Bogotá y El Salvador, también a modo de ejemplo. El cemento avanzó de manera incontrolable sobre las tierras dedicadas a la producción agrícola y se generó un inmenso consumo de agua para abastecer a los edificios y a la gente. Hay lugares donde se traen ríos enteros para alimentar a millones de seres y sin embargo no alcanzan los caudales. En los próximos años veremos, y viviremos, la lucha a escala planetaria por las reservas y las fuentes de agua dulce.

En tanto crecían las urbes, se iba debilitando el espacio rural. Por malas políticas, por pésima distribución de las riquezas, por sobre explotación de los recursos, millones de campesinos protagonizaron migraciones internas y fueron a dar a las ciudades. Siempre se dicho que la miseria en estas últimas es peor que en el campo. Al menos en éste, no se viven las condiciones de hacinamiento y de carencia de servicios mínimos. Tenemos en la actualidad países con grandes cabezas y un cuerpo a menudo enfermo y debilitado.

Con la mayor cantidad de gente creció el consumo y, por lo tanto, el mercado. Había y hay que abastecer a tantos millones de seres, desde lo más básico como la alimentación y la mínima seguridad ante la intemperie hasta los más refinados gustos. Detengámonos en una mercancía por demás presente: el automóvil. Nacido para transportar pasajeros, a esa función básica sumó rápidamente otras, como la del status. Casi todas las ciudades han sido rediseñadas para facilitar sus desplazamientos. Y hay muchas que no tienen accesos más o menos libres, con lo que la circulación cotidiana se vuelve casi una pesadilla. El ejemplo es la ciudad de San José, donde han sido incorporados en los últimos años miles de miles de vehículos de segunda mano, traídos de países como Taiwán y Corea, que además de contaminar han hecho intransitables las calles. No hay espacio para moverse con cierta libertad, con lo que la vida diaria se dificulta penosamente.

La proliferación de mercancías tiene otras consecuencias: la búsqueda sin frenos de recursos para producirlas, como por ejemplo la madera cuyo uso significa una deforestación continua de los espacios verdes del planeta. O bien el ganado vacuno para hamburguesas, con la necesidad de contar con amplios espacios para el pastoreo. Hay autores que hablan de una verdadera *hamburguerización* de Centroamérica, en el sentido del creciente empleo de tierras para ese fin, con el consiguiente retroceso de las áreas de bosque tropical.

Y, siempre a modo de pinceladas, lo que significa la transferencia del ser al tener; es decir, la necesidad de rodearse de objetos a menudo poco necesarios, para sentirse alguien en

medio de una sociedad lanzada ciegamente hacia el consumo. Por cierto, en ese consumo hay los sectores privilegiados y los que son excluidos del mismo, por sus mínimas condiciones de vida. Tal exclusión genera condiciones propicias para el ejercicio de la violencia.

Sociedades así organizadas no pueden no provocar graves consecuencias para el medio ambiente. Todo organismo vivo se explica por los procesos de *asimilación* y *desasimilación*. En el acto de alimentarnos incorporamos algo del medio ambiente y luego devolvemos algo al medio ambiente. Eso es lo primero y más elemental. Pero lo mismo sucede cuando se piensa en una familia o en una fábrica. La incorporación es más general (agua, gas, objetos de todo tipo…) y también lo es la eliminación. Pensemos en lo que arrojamos a diario en calidad de basura. O en lo que arroja a diario una fábrica a cursos de agua en calidad de desecho industrial. La asimilación y la desasimilación se han ampliando hasta límites terribles, si se piensa, por ejemplo, en cinturones industriales de grandes ciudades.

Llega un momento en que el medio ambiente resulta saturado, no puede procesar lo que le enviamos, con lo que se viven las terribles consecuencias de una contaminación sin frenos ni límites. Casi nadie sabe, entre los sectores más o menos acomodados de una sociedad, qué se hace con la basura, ni siquiera adónde va a parar. Es como una suerte de magia: uno saca la bolsa por la noche y al otro día no está, alguien se la llevó lejos, sabe Dios dónde. Pero nunca van a parar los desechos de nuestra vida diaria tan lejos, primero porque son trasladados en camiones que no recorren miles de kilómetros para apartarlos de nuestras viviendas y segundo porque a escala planetaria, en lo que a contaminación se refiere, nada está lejos. Basta pensar, para confirmar esto último, en lo que está resultando el efecto invernadero en todos los mares y continentes.

Para practicar

Revisar nuestro entorno

Este duro panorama que hemos presentado no está nada lejos de nadie, aún cuando se cuente con muy buenas condiciones económicas. Como en todas las prácticas anteriores, queremos partir de usted para hacer las correspondientes comprobaciones. Si se detiene a analizar lo que sucede en su entorno, tomando en cuenta períodos de, por ejemplo, cinco años, podrá apreciar lo que le estamos proponiendo.

Se trata de recordar, en forma directa o a través de lo que le puedan contar sus vecinos, lo que ha sucedido con el entorno de su vivienda en los últimos cinco o diez años, ya sea en relación con los espacios verdes, con el crecimiento de la ciudad, con la presencia de elementos contaminantes.

No queremos ser pesimistas. Es posible que usted se encuentre en un lugar privilegiado donde los puntos que hemos presentado se hayan vivido de otra manera, donde existan progresos en la calidad general de vida. Si eso ha sucedido, también es una buena oportunidad para ver las causas.

Y, como de costumbre, le pedimos que elabore informe para compartirlo en su familia (bueno, en realidad usted puede hacer las observaciones con miembros de su familia) y con sus amigos.

Las precarias condiciones de vida

Nos hemos detenido en aspectos generales de cualquier sociedad, como el crecimiento de las ciudades, el incremento de la producción de mercancías y de la basura expedida por las agrupaciones familiares y por todo tipo de empresas (fábricas, por ejemplo). Pero en las páginas anteriores nos referimos al ejercicio del poder a escala social. No podemos dejar de reconocer en lo que estamos apuntando la presencia también del poder.

Si a todo lo presentado se suma la forma en que son sostenidas las relaciones sociales, tenemos un cuadro por demás complejo, y difícil, de nuestras sociedades. Porque a la inseguridad derivada de la contaminación, de la concentración en las mega ciudades, se suman las consecuencias de la forma de las relaciones sociales.

Tenemos que detenernos en este punto. La clave del sostenimiento de una sociedad, la clave de una existencia lo más libre posible de la inseguridad, la violencia y la precariedad, es la conformación de la vida cotidiana. Esto significa lo siguiente: cuando más estable es esa vida, cuando más está apoyada desde la sociedad en general por recursos y servicios, cuando quienes la integran tienen acceso a un trabajo y a una vivienda dignas, cuando se cuenta con lo más humano de nuestra especie: el tiempo para compartir, más firme está el tejido social y más sólidas son las relaciones.

En cambio, cuando se pierden los más elementales sostenes, cuando no hay trabajo para llenar los días y para sostener el hogar; cuando es necesario abandonar a los niños, niñas y jóvenes para salir a buscar la subsistencia e incluso a mendigar; cuando las horas de estar juntos se resuelven en el tiempo requerido para salir un poco de una fatiga crónica, cuando cunden a diario la desesperanza y a menudo la desesperación; cuando esta situación se extiende a más de la mitad de la población de un país, no es posible soñar demasiado con condiciones de vida alejadas de la violencia, de la inseguridad y de la incertidumbre. Súmense a todo lo dicho la pauperización de los servicios, el deterioro de los más elementales recursos de salud, la contaminación urbana por los resultados de la violencia de los desechos arrojados por las grandes corporaciones y por los resultados de la miseria.

Estamos haciendo referencia al debilitamiento de las estructuras sociales, el cual, cuando se produce y abarca a amplios sectores de la población, se convierte en un detonante

para todo tipo de explosiones de violencia, sea en el espacio de la calle o en de la vida íntima.

Con una población humillada por todo lo señalado, es muy difícil construir futuro, y a menudo es muy difícil sostener el presente.

Nos hemos estado moviendo hasta ahora en el ámbito de la violencia abierta, la que podemos reconocer en distintos sitios de nuestros hábitats. Ella se manifiesta de las maneras señaladas, pero también por la violencia ejercidas por seres arrojados a sobrevivir a cualquier precio, o bien por la tarea incesante de las mafias de la droga y de quienes trafican con las energías de seres humanos. Se trata de la violencia callejera, de las agresiones a los espacios privados, de la represión desde esferas del poder.

La otra violencia

Como señalamos anteriormente, no termina allí el ciclo de la violencia. Porque se extiende muchas veces a lo más cercano a un ser humano, a su hogar, a su intimidad. Corresponde referirnos ahora a la violencia ejercida en el interior de una familia.

No es sencillo oír las voces de esas formas de violencia. En general se las mantiene ocultas, sea porque no quieren ocuparse de ellas quienes ejercen el poder político y económico, o bien porque se esconden tras los muros de barrios enteros y de las viviendas. Incluso hay en casos hasta una cierta tolerancia, como si fuera cosa de otros lo que en ocasiones se llega a escuchar desde la calle y desde otras viviendas.

Podemos recordar aquí un corto hecho en Francia para denunciar estas situaciones: un matrimonio está en un departamento viendo televisión. De improviso comienzan a escucharse gritos y golpes. Es evidente que la víctima es otra mujer del departamento de

al lado. Los gritos se vuelven desgarradores y la esposa le dice al marido: ¿no vas a hacer nada? Él estira la mano, toma el control del televisor y aumenta el volumen…

Una actitud semejante es parte de la tendencia, vivida en los últimos años del siglo y en los comienzos de éste, a desentenderse de lo que sucede alrededor, como si nada fuera más importante que la propia existencia, como si no hubiera que hacer algo.

Una sociedad que no escucha esas voces que claman por la violencia, va perdiendo su dignidad, su capacidad de escandalizarse ante tanto escándalo.

Nos detendremos en algunas consecuencias de esa violencia ejercida en el interior de la familia:

El callar y el acallar.
El sufrimiento.
La naturalización de la violencia.
La acción destructiva sobre los otros.
Violencia y vida cotidiana.

El callar y el acallar

Cuando la violencia, en especial la silenciosa, va quedando fuera de los medios de comunicación y del discurso de dirigentes de distintos grupos, estamos ante un fenómeno que podemos denominar *el callar*. Se sabe de ella, se la reconoce en sus diferentes formas, pero a menudo no hay la voluntad de sacarla a la luz. Así, se impone el silencio, se calla toda referencia a ese escándalo social.

Durante siglos cundió ese silencio. Apenas en el pasado comenzaron a generalizarse protestas frente a esos excesos y por fin se contó con legislación y campañas para hacer

algo. Sin embargo, el camino está en sus inicios. Recordemos lo que suele suceder en muchos países de la región cuando una mujer denuncia agresiones: desde los policías hasta la justicia, la mirada es del varón; por lo tanto, muchas veces el juicio está a favor del agresor.

A la vez las voces que podrían clamar por el sufrimiento propio y ajeno, a menudo son *acalladas*. No sólo ser víctima de la violencia, sino también, y de manera terrible, ser forzado a no decírselo a nadie, a no comunicar el dolor. Dos ejemplos: sectores sociales empobrecidos que no cuentan con medios para hacer sentir su palabra; miembros de una familia agredidos en la intimidad que, sometidos al terror, no se atreven a denunciar tanto sufrimiento. Incluso la negativa a reconocer la violencia. La excusa de "haberse caído en el baño" o de "estar enferma" para no salir durante días de la vivienda. Incluso, y esto es todavía más doloroso, las madres forzadas a ocultar la violencia ejercida sobre sus niños o niñas. Nos corresponde reconocer que todo esto tiende a cambiar, pero insistimos que de una forma todavía muy incipiente.

El callar significa una indiferencia social, el acallar un cierre a la voz de la víctima.

Para practicar

La experiencia de esos silencios

El callar y el acallar representan un pesado silencio que a menudo suena casi a un grito en muchos contextos sociales.

¿Cuáles han sido sus experiencias, a lo largo de su existencia, de esas formas de violencia? Si no tiene interés en dirigir la mirada a su propio paso y presente le pedimos que busque ejemplos que ha podido apreciar en su contexto social. En uno u otro caso vale la pena reflexionar sobre los alcances del callar y el acallar y las consecuencias de los mismos para las relaciones en el seno de la vida íntima.

Violencia y sufrimiento

“Están acostumbrados”. “Hasta les gusta que les peguen”. “Viven así porque quieren”.

Esas horribles expresiones, forman parte de estereotipos manejados por muchos miembros de una sociedad. Es muy fácil hablar de la violencia desde afuera de ella. Como no es uno el humillado, el golpeado, el herido por una burla, pareciera que la violencia no es tan grave.

Del lado de la víctima, se vive el sufrimiento. Nadie tiene derecho a hacer sufrir a nadie, y menos cuando se trata de los miembros más débiles de una sociedad. Pretender justificar la necesidad de la violencia porque a quien la recibe “le gusta” es algo perverso, falto de toda ética, entendida ésta como la preocupación por el bien de los otros y de nosotros mismos.

La cuarta parte de la humanidad, es decir más de mil millones de personas, vive en la pobreza, sufre por ella, no la ha incorporado como una costumbre ni porque le guste.

Uno de los grandes problemas de la historia de la humanidad ha sido cómo disminuir el sufrimiento. Ha comenzado el tercer milenio con millones y millones de sufrientes y con una violencia que no deja de crecer.

Las metas colocadas por los organismos internacionales no se cumplen. Por ejemplo, las fijadas para disminuir el hambre y la miseria. Por el contrario, las cifras de indigentes han crecido en los últimos años y no se aprecian hacia el futuro ni voluntad política ni firmes medidas para reducirlas.

Ningún ser humano escapa al sufrimiento. Pero lo que corresponde analizar aquí (analizar, comprender y sentir) es el alcance de un sufrimiento incorporado de manera crónica a la vida cotidiana. Aclaremos un concepto: *crónico* quiere decir algo relacionado con el tiempo, ya que ése es el significado de la palabra *cronos*. Cuando hablamos de *sufrimiento crónico* aludimos a algo que está presente siempre, todos y cada uno de los días de la existencia.

Las formas de violencia que estamos señalando forman parte de la cotidianidad de millones de seres, tanto por agresión social como por agresión vivida dentro de las relaciones más íntimas.

Naturalización de la violencia

Por el camino de los estereotipos presentados antes ("están así porque quieren", "les gusta") se llega a la *naturalización de la violencia*. Nos referimos con esa expresión a algo considerado natural, como si hubiera estado desde la eternidad. Tan natural como las estrellas en el cielo y los pájaros en los árboles.

La violencia ejercida de la manera en que la hemos caracterizado, constituye siempre un escándalo social. Sin embargo, en las grandes ciudades (y ya en muchas pequeñas) el escándalo social de los niños de la calle se ha naturalizado. Están allí esos pequeños y pocos sienten algo por ellos. Sumemos a esto la naturalización de la violencia en la familia, padres a hijos, hijos a padres, en verdaderas formas de violencia cruzada.

No hay nada más terrible para cualquier sociedad que la naturalización de la violencia, que acostumbrarse al escándalo social como si fuera algo normal.

En esto colaboran mucho los medios de comunicación masiva, a través de una exhibición cotidiana de formas de violencia sin límites. Pero sobre todo colabora una mal entendida tolerancia, basada en la indiferencia y en la falta de capacidad de escándalo.

Se ha insistido mucho en una actitud posmoderna de búsqueda del goce y del individualismo como formas de vida de los últimos años del siglo XX y de comienzos de éste. Por ese camino nadie mira más allá de sus intereses y de sus necesidades. Cómo le vaya a los demás es cosa de ellos. Sumemos a esto la ideología de un neoliberalismo empecinado en convencernos en relación con una universalidad de la competencia, como si quien no destacara en determinado ámbito estuviera condenado a ser nadie. Y entonces, la incitación a vencer a cualquier costo.

Acción destructiva sobre los otros

Cuando comienzan a ser toleradas distintas formas de violencia social, se toleran acciones destructivas de seres humanos. Destructivas de modo total, en los asesinatos y muertes masivas provocadas por la guerra, y también de emociones, capacidades, maneras de relacionarse con el mundo y con los demás.

La violencia silenciosa de la miseria, del abandono y de la indiferencia no sólo destruye vidas, sino también posibilidades de desarrollo de capacidades por el estudio, sensibilidad, afectos, seguridad psíquica y emocional.

La violencia intrafamiliar puede llegar a destruir seres humanos, pero también destruye la confianza, la alegría de vivir, la esperanza en un futuro distinto, la autoestima...

La violencia es siempre destructiva, aún cuando se busque justificarla a través de su naturalización a la mirada social.

El problema no es sólo el hecho en sí, puntual de la violencia, sino lo que se siembra a través de ella. Sus marcas quedan grabadas muchas veces en el cuerpo, pero fundamentalmente en los sentimientos, en las emociones, en la capacidad de mirarse a uno mismo y de mirar el mundo. Se trata de marcas profundas, difíciles de borrar a lo largo de la vida.

Violencia y vida cotidiana

La vida cotidiana corresponde a nuestra existencia más íntima, a nuestro hogar a la relación que a diario establecemos con los familiares más cercanos. Es el espacio de la intimidad, de las relaciones más profundamente personales.

Nacemos en el seno de una familia (con todas sus variantes contemporáneas) que nos marcará para siempre, sea para bien o para mal. De la experiencia de nuestros primeros años podemos salir bien construidos como personas, mal construidos e incluso hasta destruidos.

En la vida cotidiana en familia aprendemos el lenguaje articulado, la convivencia con los demás, el amor, los afectos, los gestos, la manera de vestirnos, la preferencia por determinado tipo de alimento, la confianza en quienes nos rodean.

Pero también podemos aprender la violencia como forma de solución de los problemas, el temor y hasta el terror, la desconfianza, la simulación, la sumisión. Es muy común, no lo decimos como una ley, aquello de “padres golpeadores, hijos golpeadores”.

En la vida cotidiana en familia tenemos la oportunidad de momentos plenos de felicidad y de encuentro con los demás. Pero también en ella pueden producirse hechos terribles para el equilibrio emocional.

Corresponde detenernos aquí en lo que significa la relación cercano-lejano. La vida cotidiana es lo más cercano a nuestra forma de vernos y de ver a los demás, a nuestro aprendizaje del amor o de la violencia, a nuestro sentir, a nuestra memoria.

Las relaciones de cercanía nos constituyen desde el vientre materno (¿hay acaso mayor cercanía que ésa?), desde los primeros brazos que nos arrullan, desde la inicial relación con el seno de la madre, desde la caricia y el encuentro con los otros. Reconocemos una vivencia, un goce de lo cercano, que nos acompañarán siempre.

Lo cercano, así entendido, es un verdadero destino de cada uno de nosotros. Nadie se desprende de manera total de ese tipo de relaciones, aún cuando viva inmerso en las mayores abstracciones científicas o devorado por el espacio de lo público.

Sin embargo, la pura cercanía nunca fue suficiente para los seres humanos.

Recuerdo una frase del poeta latino Ovidio, incluida en su libro *Las metamorfosis*:

“Entonces no conocían
la maldición de las naves”.

Las naves nos llevan por el mar, lejos de los espacios y los rostros queridos, nos aventuran hacia lejanías a menudo no imaginadas. No fue posible rechazar esa maldición de las naves. La historia de la humanidad ha sido un pasar creciente de lo cercano a lo lejano, no sólo en distancias, sino también en saberes, en invenciones, en tecnologías.

No obstante, por más que viaje, incluso para no retornar a su lugar de nacimiento, el ser humano lleva siempre consigo lo cercano. Su inicial identidad, las fibras más íntimas de su subjetividad, se han constituido en esas primeras cercanías, para bien o para mal. Porque en la primera intimidad de la vida cotidiana nos aguardan el amor y la caricia, pero

también la terrible posibilidad de la violencia y del abandono.

La trama más delicada

No es fácil vivir, y menos en nuestro tiempo. Eso lo sabemos y lo experimentamos a diario. Por supuesto que no nos dejamos vencer y ponemos todas nuestras energías en el logro de una existencia digna, para nosotros y nuestros hijos.

Pero las acechanzas de la violencia están siempre presentes. La destructividad de los delicados lazos que sostienen la vida cotidiana aflora cuando menos lo esperamos, como una especie de constante en muchas familias. Conocemos los caminos generales de tal destructividad: la miseria, la falta de trabajo, la carencia de acceso a los servicios elementales, la frustración de no poder asegurar la educación y a menudo la alimentación de los más pequeños… Todo esto no puede no dejar profundas huellas en las relaciones cotidianas. Y vienen entonces consecuencias como el alcoholismo, el abandono de niños y ancianos a la calle, el abandono a la televisión, a las horas vacías sin la compañía y la orientación de los adultos. Todo esto para llegar, en los grados extremos, a la drogadependencia, a las enfermedades sexuales, a la búsqueda de alternativas a través de formas de delincuencia. Y, entonces, todas las formas de agresión desencadenadas de los más fuertes hacia los más débiles, para imponer poder, para acallar, para desahogarse de la violencia sufrida en el seno de la sociedad.

Necesitamos detenernos en ese duro cuadro. Mostramos en él la cadena de la violencia en los sectores más vulnerados, más abandonados. Pero la destructividad no está presente sólo en ellos. También existen en otros niveles de la pirámide social. Si bien las capas medias, y sobre todo las altas, no sufren los embates de la miseria, se producen también en el seno de ellas formas de violencia, sujetas al ejercicio del autoritarismo y al abandono. No podemos de ninguna manera colocar toda la violencia de un lado, como si lo sucedido en nuestras grandes ciudades fuera producto de los más desposeídos.

Vivimos procesos, en todos los planos de la sociedad, de destructividad de equilibrios emocionales, de lazos afectivos, de seguridad, de confianza, de futuro, de ilusiones, de estima y autoestima.

La palabra *estima* significa consideración, aprecio, creer en alguien. Cuando se ejerce violencia sobre un ser se lo des-estima, es decir, no se le tiene ni consideración ni aprecio, no se cree en él. Uno estima a quienes considera valiosos.

Se des-estima a amplios sectores de la población cuando se los violenta con la pobreza o la miseria. Se desestima a seres cercanos con los cuales se comparte la intimidad, cuando se los agrede física, sexual o psíquicamente.

Pero lo peor de todo es que una persona puede perder, o no lograrla nunca, su autoestima, puede terminar des-estimándose. ¿Con qué recursos podrá enfrentar su vida futura un ser que no se aprecia ni cree en sí mismo?

Situación terrible, sin duda, porque la violencia arroja personas minadas por dentro, heridas de tal manera que terminan por relacionarse con los demás y con el mundo siempre a través de esa herida.

No hay nada peor que verse y sentirse a uno mismo como un ser insignificante, incapaz de llegar a nada en la vida.

Los seres humanos se logran creciendo en la estima de los demás y desarrollando una sólida autoestima. Cuando ello no ocurre, dicho crecimiento se ha interrumpido, se ha frustrado para dejar paso a una personalidad lastimada por el sufrimiento.

La tarea frente a cada nueva generación es cobijarla con la estima y permitir en ella la autoestima.

Cuando alguien está sujeto al sufrimiento cotidiano, no le quedan muchas alternativas para sobrevivir. Puede rebelarse, sin duda, pero eso tiene un costo que a menudo no se está en posibilidades de sobrellevar, sea por la edad o por la falta de apoyo en la sociedad e incluso entre los parientes.

Otro camino pasa por las formas de sumisión. A fin de evitar la violencia, se comienza a actuar como el agresor lo quiere, tratando de anticipar sus caprichosas conductas y reacciones. Por supuesto que tales caminos están siempre teñidos de incertidumbre, porque no siempre se vuelve previsible el dueño del poder (el dueño o la dueña en no pocos casos).

O bien se aprende a simular, a desarrollar artimañas para evitar el castigo, a fingir.

De todo esto sale vulnerada la confianza, tanto en el otro como en uno o una misma. La palabra *confianza* tiene en su raíz la expresión *fe*, *cum fides.* Por lo tanto, la desconfianza significa sin fe. La víctima de la agresión pierde la confianza, duda de todo, del mundo, de los demás, del futuro, de sí misma. Un primer significado de la palabra *víctima* es alguien sacrificado. Hay en todo esto un sacrificio cotidiano, con todo lo que ello implica en sufrimiento y en dolor.

Para el futuro, las grandes heridas estarán en la autoestima, en el sentido de no considerarse valioso, incluso de no tener derecho a ser feliz. La recomposición de la autoestima puede llevar años.

Hemos sido en todo momento duros en el análisis. La sociedad no es un grupo enloquecido de animales furiosos que se lanzan unos contra otros. En todo espacio donde

conviven los seres humanos hay lugar para el amor, la caricia y la tolerancia. Pero no podemos dejar de reconocer la presencia de formas de violencia generales y cotidianas.

Para practicar

La trama de la cotidianidad

Todo lo expresado en esta parte del texto busca compartir con ustedes nuestra mirada sobre la violencia en el seno de las familias y de la sociedad. Queremos insistir con esta práctica en las primeras, porque es allí donde se producen los iniciales quiebres de la existencia.

De los temas que hemos tratado, le pedimos que seleccione tres que, a su entender, sean los más negativos para la cotidianidad. Le pedimos que busque ejemplos en su vida o en la de otros seres sobre cada uno de ellos y que ensaye una reflexión de sus alcances.

Es de suma importancia compartir esas reflexiones con otras personas, a fin de avanzar con otras miradas y sentires en esta comprensión de la violencia en la vida diaria.

3

Derechos humanos y necesidades básicas

No es sencillo ejercer y respetar lo que no se conoce o se mal conoce. Hemos hecho experiencias en este sentido para averiguar qué saben los adultos de los derechos

humanos, cuyo valor es fundamental para ellos mismos y para sus semejantes. Pocas respuestas se han acercado a todo lo que encierran esas propuestas. En todo caso se lograban algunas aproximaciones por lo más evidente, pero raramente había un conocimiento profundo de la temática.

Es verdad que en los últimos años se ha insistido en las escuelas en la enseñanza y la reflexión sobre los derechos, pero la falta de información de los adultos sigue estando presente y en este caso muestra cómo éstos aprenden muy poco de lo que sus hijos traen a la casa en sus cuadernos.

De todas maneras, el mero hecho de conocer algo no asegura su cumplimiento. Veamos esto más en detalle. Nadie discute el valor inmenso del conocimiento, pero el *enterarse de*, el estar más o menos informado, no significa que lo apropiado de esa manera se llevará a la práctica. Puede alguien recitar de memoria los derechos y en su vida diaria violarlos sin ningún problema para su conciencia.

En este tramo del texto nos detendremos en los derechos, en el sentido de lo que significan para la vida cotidiana en el seno de las familias. No presentaremos una lista de los mismos (que pueden ustedes encontrar en muchos documentos o bajarla de Internet), sino una reflexión sobre las necesidades a las que apuntan. A menudo las declaraciones internacionales tienen un tono académico. No rechazamos esa forma de comunicar, porque sus autores necesitan llegar a la mayor cantidad de interlocutores a escala planetaria. Pero desde una perspectiva educativa, desde el reconocimiento del juego de lo cercano y lo lejano, preferimos detenernos en consideraciones que pueden ser reconocidas por usted, nuestro lector y acompañante en este proceso de reflexión y de prácticas.

Para practicar

Repasemos su conocimiento de los derechos humanos

Antes de comenzar esta cuarta parte del texto, es necesario tener claros los alcances de los derechos humanos. Trabajaremos tomando en cuenta la consulta que hice a distintas personas adultas sobre la temática. Entonces: sin acudir a ningún texto, sin apelar a un sitio en Internet donde estén desarrollados, ¿podría escribir ahora, a partir de su propia información, ¿qué sabe de los derechos humanos? El *qué sabe* no pretende un desarrollo exhaustivo. Nos contentaremos con que usted los mencione y haga un breve comentario de cada uno.

Una vez cumplida esa primera parte de la práctica, le pedimos, ahora sí, que busque el texto de la Declaración y compare lo que usted escribió con el mismo. Es posible que no haya muchas diferencias, pero también es posible que sí las haya. Lo importante es reconocer los propios conocimientos y desconocimientos, y a la vez realizar una lectura profunda de todos los derechos.

Una demora de siglos

A la humanidad le costó mucho tiempo llegar a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Esta se produjo apenas en 1948, después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Pasaron varios años más para llegar a la Declaración Universal de los Derechos del Niño, en 1989.

Todas esas declaraciones apuntan al reconocimiento de cada ser humano como persona y sujeto de derecho. Quienes ejercen la violencia reducen a instrumento a otros seres humanos, los usan para su propio beneficio; es decir, les niegan su calidad de personas y de sujetos de derecho.

Cuando eso sucede, uno no ve en el otro a un ser, sino a un medio para un fin, ya sea para su utilización en un trabajo mal pago o como objeto de deseos no reprimidos. La

incapacidad de conmoverse ante el otro, de sentirlo en toda su complejidad y su precariedad, de tener conciencia de lo que significa el milagro de la vida en cada ser humano, permiten ejercer la violencia sin ningún titubeo ni duda.

Podemos introducir aquí el concepto de *legitimación*. Nadie actúa diciéndose a sí mismo que es un malvado, que el daño hecho al otro es injustificado y no debería llegarse a ese extremo. Por el contrario, quien ejercer la violencia busca siempre justificaciones para quedarse tranquilo. Esto funciona en las relaciones más íntimas ("me has provocado", "lo hago por tu bien"…) y en el plano general de la sociedad (por ejemplo: reducción de salarios para salvar la economía, miles de seres lanzados a la miseria vistos como vagos que no quiere trabajar…). Decimos que, mediante esas maneras de pensar, se legitiman las acciones, se las ve como normales, necesarias. No hay derechos, o en todo caso ellos existen para el agresor y no para la víctima.

Decía Benijo Juárez: "El respeto al derecho ajeno es la paz".

Podemos añadir: la falta de respeto al derecho ajeno es la violencia ejercida sobre los demás.

En una sociedad en la que está presente el estereotipo de la debilidad de la mujer y de su lugar subordinado en las relaciones públicas y privadas, el derecho de ella quedará siempre como algo que no le corresponde.

Constituirse en sujeto de derecho es poder mirar de frente a los demás, como un ser libre entre seres libres. Es poder desarrollarse en todas las potencialidades, lograrse como ser humano, participar de manera creativa en la construcción de la cultura y de la sociedad.

Es, en definitiva, construirse con dignidad como un ser digno y no con la indignidad de la humillación. El humillado, la humillada, no pueden mirar de frente a su agresor, por que han sido colocados en un plano inferior.

Negarle a alguien los derechos es violentarlo para que no llegue a desarrollarse con plenitud como ser humano. Una relación no violenta significa respetar al otro, abrirle oportunidades para su crecimiento, acompañarlo en su desarrollo para que pueda integrarse como un sujeto bien construido a la sociedad.

Nos detendremos en las necesidades correspondientes a la totalidad de los derechos humanos:

Necesidad de seguridad.
Necesidad de abrigo.
Necesidad de confianza.
Necesidad de comunicación y convivencia.
Necesidad de oportunidades de existencia física y emocional.
Necesidad de cultura familiar.
Necesidad de amor.

Necesidad de seguridad

Nacemos tan frágiles que necesitamos, desde el primer momento de ingreso a este mundo humano, de la seguridad expresada en la continuidad de la presencia del calor de la madre, del alimento, de la higiene, del espacio para dormir y para sentirse cobijado por los adultos.

Si apenas uno llega al mundo es recibido por las garras de la violencia, no hay seguridad posible y comienza la inseguridad. Muchos seres resultan cercados por la inseguridad casi a lo largo de toda su vida. Inseguridad en los afectos, en la alimentación necesaria, en las relaciones, en la posibilidad de acceder a la educación.

Un ejemplo extremo de esto son los seres literalmente arrojados a la calle. Una persona violentada, niño, mujer o anciano, es expulsado del universo íntimo de los afectos.

Quien crece en un ambiente seguro y no violento, puede a su vez desarrollar la propia seguridad.

Necesitamos detenernos en lo que significa la violencia a través de la palabra, practicada a través de gritos, de burlas, de advertencias, de recriminaciones. Estamos ante un recurso maravilloso de humanización, cuando se lo lleva con toda la ternura necesaria para acompañar al otro en su incorporación del instrumento más precioso para comunicar y comunicarse consigo mismo. Por eso vale la pena preguntarse qué ocurre cuando esa incorporación está teñida de violencia.

Nada más terrible que la inseguridad en la palabra, en la manera de nombrarme a mí mismo y de nombrar el mundo. Cuando ello sucede, ese pobrecito ser no tiene los recursos, las seguridades suficientes como para comunicarse con sus semejantes.

Incluyo a continuación un texto que escribí en dos momentos, 1992-2002:

Elogio de la palabra

Emergemos al ser por el lenguaje. Desde la cuna, nos vamos entretejiendo como humanos en una relación íntima con las palabras y los gestos. Todo nos habla y no cesamos de aprender significados, todo nos llama con palabras y gestos. Nada más

ni nada menos, estamos en medio de la palabra y estamos constituidos profundamente por ella.

Pero las palabras son el rostro del otro, y pueden ser terribles, cargadas de violencia, o dulces como las primeras mieles. Y también pueden ser pobres, apenas balbuceos vacíos, estrechos, incapaces de abrirnos al mundo. No tenemos otra apertura al mundo que la mirada, la caricia y la palabra. Cuando ellas se cierran apenas si nos asomamos a un espacio infinito.

Recuerdo el Popol Vuh, aquello de los hombres que veían demasiado lejos y fueron condenados por los dioses a la condición humana, a ver sólo de cerca. Si a esa cercanía le sumamos la estrechez del lenguaje, la caricia y la mirada, poco nos queda como camino a la humanización. ¿Qué es ésta sino el intento de ampliar ese horizonte demasiado cercano? ¿Qué ha sido sino el incesante esfuerzo por mirar y sentir más allá de tanta cercanía?

Las palabras nos acunan o se nos clavan como agujas, ríen o nos muestran muecas terribles, descorren horizontes o cierran todos los accesos a los demás. ¡Ay de quienes crecen entre palabras como lanzas! ¡Ay de quienes son acunados por la violencia! ¡Ay de quienes son condenados a estrellarse de por vida contra un universo oscuro de palabras! ¡Ay de quienes resultan habitados por palabras salvajes, opacas, densas como la lava profunda de un volcán!

Las palabras no son las cosas, decía, el viejo Platón, pero nos permiten ir hacia ellas. Y hacia nosotros mismos, supimos más tarde, y hacia el otro, ese horizonte de posibilidad humana contra el que puedes golpearte como contra piedras o llenarte de luz como contra arco iris. Eres aquello que te habita. Nada más. A favor o en contra te revolverás durante todos tus días contra ese muro o ese arco iris internos.

No hay escapatoria. Cuando emerges a la luz, te reciben las palabras, las miradas y las caricias, son ellas quienes te constituyen el ser, quienes deciden lo que serás, aún como rebeldía, como intento de sacártelas de adentro.

Mirada, caricia, palabra, son una conquista, son parte de un difícil proceso de humanización que por momentos aparece cada vez más lejano. Accedemos al ser a través de ellas, nos niegan el ser cuando faltan, cuando se vuelven muro, golpe, lanza.

Los dioses nos condenaron a mirar de cerca, pero ha sido tarea nuestra el reducir aun más la mirada. A nadie lo condenan a mirar tan de cerca, solo obra nuestra habrá sido, solo un empecinamiento en horizontes de asfixia. Y para ello la terca violencia, porque todo cierre de tu humanización es violencia, venga de donde venga. Son violencia la mirada muro, el golpe, la palabra lanza.

Pobrecitos cuerpos atravesados desde niños por la palabra lanza, pobrecitas heridas que jamás cerrarán, pobrecitas llagas abiertas a cualquier viento, a cualquier mirada. Larva precaria el hombre, cualquier brisa lo daña, y las palabras son la primera brisa para la piel, brisa que arrulla o muerde, que se desliza como una caricia, y penetra como ella, o se clava, espinuda, sarcástica, desgarradora de carne.

La palabra al centro de la vida, no la convertida en espada abrellaga en las débiles defensas del otro, no la envuelta en frases hechas y en decires engañosos, no la endulzada de seducción, no la dueña de haciendas y de vidas, no la expresada y aceptada en medio de sinrazones, no la indigna; no la del “te vendo y te compro”, no la jugada a los dados para imponer la fortuna propia a la ajena, no la llevada y traída por cualquier viento, no la embelesada en la propia escucha, en el juego de narcisos y de ecos; no la uniformada en los esquemas de viejos discursos

guerreristas, no la exangüe, apenas audible por temblona; no la estentórea, lanzada para callar a todos; no la sibilina, no la marquetinera, no la miente-miente...

La palabra en el centro de la vida, la palabra caricia, la palabra dirigida a nuestro ser con una maravillosa voluntad de comunicación

La palabra al centro de la vida. Liberadora de diferencias y de poesía, antigua y presente en lo que nos profieren los labios y en la construcción inagotable de la escritura de nuestro propio ser y de la cultura.

Para practicar

¿Cómo vive usted la palabra?

¿Cómo la vivió? Le pedimos que lea con detenimiento el texto anterior para identificar en él los elementos que pintan a la palabra-violencia para reflexionar sobre qué le sucedió en los tiempos de incorporación de este maravilloso instrumento (en su niñez en la familia y en la escuela) y lo que usted hace en la actualidad con él para educar y acompañar a sus hijos.

Puede plantearse interrogantes, como por ejemplo:

¿Cuánto tiempo me dedicaban los mayores para hablar en un ambiente de serenidad?

¿Cuánto tiempo le dedico a mis hijos para hablar en un ambiente de serenidad?

Lo importante es mirarse a uno mismo para reconocer los aciertos y reflexionar sobre lo que queda por hacer.

Necesidad de abrigo

Relacionamos siempre el abrigo con aquello que nos cubre y nos protege, por ejemplo del frío. Incluso en algunos países al tapado de la mujer o del hombre se le denomina "abrigo". Pero hay otras formas de utilizar el término, cuando decimos, también por ejemplo, "creció al abrigo de una orden religiosa". Aquí se alude al abrigo en sentido amplio, al medio ambiente en que se desarrolló una persona.

En definitiva, el abrigo nos protege de la intemperie. Fue, en los comienzos de la hominización, la condición de supervivencia de la especie: refugio, amparo ante las inclemencias de la naturaleza.

Pero las inclemencias pueden ser también de otro tipo. Porque con el tiempo el ser humano necesitó refugiarse para defenderse de la propia sociedad, y si no que lo digan los sistemas de protección de las viviendas en la actualidad. Y también hay un refugio psicológico, un estar al abrigo para construirse como un ser humano equilibrado y digno. Estamos ante la posibilidad del amparo o del desamparo emocional, con todas las consecuencias derivadas de cada caso.

Pues bien, las preguntas son: ¿Al abrigo de qué familia vamos creciendo? ¿Al abrigo de qué sociedad, de qué Estado?

También este punto nos sitúa en el espacio de la fragilidad, porque sin abrigo no hay quien sobreviva.

La palabra nos permite avanzar más: no es lo mismo crecer al abrigo de la violencia que del amor y la estima. No es lo mismo sentir el abrigo amoroso en la intimidad del hogar, que ver convertida a ésta en el espacio de la agresión.

Podemos añadir que cuando una mujer viene a distintos organismos a pedir ser defendida frente a la violencia familiar, busca el abrigo de las instituciones y de la ley. Cuando éstas fallan, ese ser queda desvalido, sin abrigo social alguno.

En el juego de las relaciones propias de la intimidad se puede crecer con una sensación constante de desamparo, como si nada nos pudiera sostener en la existencia, como si siempre estuviéramos a la intemperie, sujetos a quién sabe qué vientos de la violencia. Hemos aludido antes a esto: la mirada de desconfianza a todo lo que rodea a ese ser, el sentimiento de que en cualquier momento se producirá otra agresión…

Dar abrigo de manera constante, generosa, es una condición fundamental del cumplimiento de los derechos humanos.

Necesidad de confianza

Hemos hablado de la presencia de la palabra fe dentro de la palabra confianza. La des-confianza significa la pérdida de fe en el otro y también en nosotros mismos. Quien ejerce la violencia sobre alguien, no creen en él. Lo violenta, precisamente porque no reconoce ningún otro camino para lograr lo que quiere. Lo fundamental en esta pérdida de la fe en los otros es que ella se extiende en todas direcciones: pérdida de fe en el futuro, en la vida, en el amor, en los sueños.

Para entrar en este tema les propongo la lectura de un maravilloso poema de Pedro Salinas. Le pido más de una lectura para comprender sus alcances.

Confianza

Mientras haya
alguna ventana abierta,
ojos que vuelven del sueño,
otra mañana que empieza.

Mar con olas trajineras
—mientras haya—
trajinantes de alegrías,
llevándolas y trayéndolas.

Lino para la hilandera,
árboles que se aventuren,
—mientras haya—
y viento para la vela.

Jazmín, clavel, azucena,
donde están, y donde no
en los nombres que los mientan.

Mientras haya
sombras que la sombra niegan,
pruebas de luz, de que es luz
todo el mundo, menos ellas.

Agua como se la quiera
—mientras haya—
voluble por el arroyo,

Mientras haya
quien entienda la hoja seca,
falsa elegía, preludio
distante a la primavera.

Colores que a sus ausencias
—mientras haya—
siguiendo a la luz se marchan
y siguiéndola regresan.

Diosas que pasan ligeras
pero se dejan un alma
—mientras haya—
señaladas con sus huellas.

Memoria que le convenza
a esta tarde que se muere
de que nunca estará muerta.

Mientras haya
trasluces en la tiniebla,
claridades en secreto,
noches que lo son apenas.

Susurros de estrella a estrella
—mientras haya—
Casiopea que pregunta

fidelísima en la alberca. Tanta fronda en la sauceda, tanto pajaro en las ramas —mientras haya— tanto canto en la oropéndola. Un mediodía que acepta serenamente su sino que la tarde le revela.	y Cisne que la contesta. Tantas palabras que esperan, invenciones, clareando —mientras haya— amanecer de poema. Mientras haya lo que hubo ayer, lo que hay hoy, lo que venga.

Puede usted encontrar en el poema algunas expresiones poco usuales y una construcción que requiere más de una lectura. Pero la clave del escrito está en ese juego de palabras introducido por la reiterada expresión *mientras haya*, en un camino en el cual el mundo nos espera, nos hace sentir su presencia y su continuidad.

Como puede apreciar, la necesidad de confianza es vital para cualquier ser humano, sobre todo si partimos del reconocimiento de su relación con los demás, de su precariedad, de lo que significa el apoyo de la sociedad para lograrse.

Una vez rota la confianza, rota la fe en unos y otros, es muy difícil recuperarlas. Los seres humanos necesitamos creer en los demás y en nosotros mismos para construirnos de manera sana y equilibrada. De lo contrario vivimos atenazados por la dura incertidumbre, ya que si no confío en el otro siempre estaré esperando de él alguna forma de violencia.

Para practicar

Volvamos sobre el poema

Le he pedido dos lecturas de la creación de Salinas. Como usted puede apreciar, ese autor nos atrae mucho. Recuerde lo que vimos en relación con su poema Cero. Es que Salina representó uno de las miradas más penetrantes sobre la sociedad contemporánea, desde lo que alcanzó a vislumbrar en la primera mitad del siglo XX.

Ahora podemos detenernos otra vez en el texto que acabamos de incluir, Confianza, para buscar en él todo lo que se va relacionando con la confianza.

Lo precioso del poema es el canto a la vida, a la luz sobre las tinieblas, a la presencia de la poesía. ¿Podría seleccionar cinco de esos puntos destacados por el poeta? ¿Podría explicar por qué los seleccionó?

Pero es posible otro paso: ¿y si usted propone también sus "mientras haya". No le pedimos que elabore un poema (aunque si se anima, sería muy bien venido) sino que se proponga desde su vida y desde su sensibilidad otros objetos de esta necesidad de confianza que quisiera permanezcan en el tiempo, es decir, "mientras haya".

Necesidad de comunicación y convivencia

La violencia hace estragos en la comunicación entre los seres humanos, ya que produce una pérdida en la fluidez del diálogo y en la espontaneidad de la palabra dicha frente al agresor. Puede ocurrir que la expresión se vuelva titubeante o que se surjan el silencio o maneras de decir lo menos posible para no dar lugar a otro acto de violencia.

Todo lo dicho en relación con la vida cotidiana corresponde a nuestra vida cotidiana, la suya, la mía, la de todos y cada uno. No hablamos de algo que le sucede a los otros en su proceso de construirse como seres de comunicación.

Tenemos en común el hecho de haber vivido una historia comunicacional, diferente según nuestros respectivos espacios familiares y contextos socio-culturales, pero historia en el sentido de procesos de constitución de modos de relacionarse, de momentos que nos marcaron con fuerza, de acumulación de experiencias positivas (o negativas), de oportunidades de interacción y de expresión.

Y ello como personas, grupos e instituciones. Cualquiera de estas últimas tiene también una historia comunicacional frente a la cual a menudo resultan difíciles los intentos de transformación. Basta pensar en las formas de comunicar hacia los pacientes en no pocos hospitales, en el esquema clásico del aula, en las relaciones con pretensión científica (en cuanto al vocabulario utilizado y al papel de quienes saben) a través de materiales impresos distribuidos por millares entre sectores carenciados de la población.

La insistencia en la vida cotidiana tiene todo el sentido en la medida en que ella constituye el suelo nutricio de nuestras predisposiciones a comunicar. Si salimos bien construidos, con una identidad a la vez sólida en sus estructuras básicas y flexible como para ver el mundo y a los otros en toda su complejidad, podremos comunicarnos con seguridad y fluidez con nuestros semejantes. Si salimos mal construidos o incluso en parte destruidos, habrá que remontar esa primera herencia para solucionar tales carencias, lo que a menudo lleva varios años de esfuerzos. No planteamos que la vida cotidiana nos determine en todo sentido, pero a la vez reconocemos su enorme influencia en la constitución de nuestro ser y de nuestra capacidad de comunicarnos con el contexto, con los otros y con nosotros mismos.

Además de esa inicial construcción, la vida cotidiana se extiende a lo largo de toda nuestra

existencia, de manera que en ella se viven las posibilidades de fortalecer la comunicación o para limitarla. No nos quedamos, entonces, en lo sucedido en los primeros años a cada uno de nosotros, sino en un espacio de relación que abarca nuestra existencia toda.

Una comunicación libre, sin prevenciones, está a la base de la convivencia, palabra esta última valiosa para pensar las relaciones familiares y sociales en general. En efecto, a mayor violencia social menor posibilidad de convivencia, más inseguridad, menos confianza en los demás.

La supervivencia de una familia pasa precisamente por la convivencia. Cuando sus miembros se embarcan en una relación violenta, aquella es vulnerada hasta en sus más mínimos detalles. Al tiempo ya se hace difícil convivir, es decir, vivir con alguien. En todo caso se termina en el extremo de convivir con la violencia, lo cual es inaceptable para cualquier ser humano.

No puede haber convivencia real si la mujer en la familia es percibida por el hombre como un ser inferior a él, que deberá cumplir su voluntad y satisfacer sus deseos. Se convive entre seres iguales, cualquiera sea su edad o sexo.

Necesidad de oportunidades de existencia física y emocional

La expresión puede resultar muy fuerte. ¿Acaso no buscamos siempre brindar oportunidades de existencia física? Creemos que no. La pobreza y la miseria a escala planetaria muestran con fuerza que a millones de seres no se les brindan oportunidades de existencia física, ya sea por hambrunas (como de año en año ocurre en algunos países africanos), por enfermedades o por agresión directa. América Latina no está al margen de esta tragedia.

A lo que no se le presta mucha atención es a brindar oportunidades de existencia emocional. ¿Se aniquilan acaso las emociones? No pretendemos llevar tan lejos las afirmaciones, pero el equilibrio emocional puede ser muy vulnerado, por la violencia. Es posible quedar desequilibrado emocionalmente para siempre por los golpes recibidos en la infancia y convertirse a su vez en un golpeador. O bien vulnerado en su capacidad de dar y recibir afecto.

El equilibrio emocional tiene tanta importancia como el desarrollo intelectual de una persona. La violencia incide en las emociones, de manera destructiva. La confianza, el abrigo, la seguridad, el amor, inciden también en el equilibrio emocional, pero de manera constructiva.

Recordemos la cita del filósofo Karl Popper :

> "construir civilización es disminuir la violencia."

Parece extraño que hablemos, a esta altura de los tiempos, de civilizar y solidarizar las relaciones humanas. ¿Acaso no vivimos en una civilización? ¿Acaso no están nuestras conductas mediadas por logros de la civilización a lo largo de siglos?

Pero la expresión del pensador es muy interesante, porque alude a la necesidad de estar construyendo siempre la civilización. No es que ahora se logre algo para siempre, sino que en cada momento histórico social asomarán problemas de violencia que no permitirán construir civilización.

Por eso hablamos de *solidarizar* las relaciones sociales. Se trata de trabajar para crear lazos comunitarios entre los miembros de una familia, de un grupo o de una sociedad en su conjunto. La solidaridad no ha desaparecido de nuestro país, como lo prueban los momentos en que se requiere del apoyo de la población ante catástrofes naturales.

Con todo, es necesario reconocer que se la ha vulnerado mucho en un sistema de vida anclado en muchos aspectos en un individualismo muy fuerte. Solidaridad significa ponerse en el lugar del otro para apoyarlo, para ayudarlo. Es decir, partir del otro y no sólo desde uno mismo. Lo cual conlleva un compromiso afectivo y una preocupación por el futuro de alguien.

Demás está decir que requerimos una intensa y activa solidaridad frente a las víctimas de la violencia.

Necesidad de cultura familiar

La palabra cultura tiene un alcance muy amplio y son muchas las formas de caracterizar el concepto al que ella alude. En nuestro caso, al unirla con el vocablo "familiar" buscamos referirnos a una creación de los integrantes de un grupo que les da cierta personalidad, cierta unidad y cierta consistencia.

Vayamos por la negativa. No podemos reconocer una fuerte cultura familiar en grupos caracterizados por la fragmentación de las relaciones, por la dispersión de los horarios de permanencia en la vivienda, por la omnipresencia de la televisión como instrumento para cerrar el paso al diálogo, por el desconocimiento de lo que los otros sienten y piensan.

En este sentido podemos hablar de míseras culturas familiares, ya que nada se construye en ellas, nada se crea, nada se atesora como producto de lo que los seres que la integran aportan desde sus miradas y vivencias. Una tendencia al abandono, sobre todo de los seres más débiles en ese espacio de vida, no puede asegurar el crecimiento ni la consolidación de una cultura familiar.

Utilicemos un concepto complementario para pintar esas situaciones:

espesor cultural de una familia.

Puede sonar extraño, pero a través de él aludimos a todo lo generado por esas relaciones de convivencia: memoria, apoyos mutuos, vocabulario, imaginación, sentires, afectos, búsquedas intelectuales, tiempos y espacios compartidos, diálogos…

Cuando más rico sea todo eso, mayor será el espesor cultural.

Pues bien: no es lo mismo haber crecido en una familia de rica cultura, de sólido espesor cultural, que en otra caracterizada por la ausencia de encuentros y de comunidad.

Vivimos en nuestro tiempo un generalizado adelgazamiento de las relaciones familiares, una suerte de inexistencia de la cultura propia de ese ámbito de la vida cotidiana.

Para practicar

Sobre el espesor cultural de la familia

Vayamos en esta oportunidad a la recuperación de aspectos positivos de la vida cotidiana. ¿Podría recuperar experiencias positivas de creación de espesor cultural en el seno de la familia?

Puede apelar para esa búsqueda a su experiencia, a la de seres que conozca, a la literatura, a algún buen ejemplo tomado de la cultura mediática (una película, por ejemplo).

Y una vez que haya identificado la experiencia o el material, le pedimos que reflexione por escrito por qué estamos en presencia de una positiva forma de creación de cultura familiar.

Necesidad de amor

Estamos poco acostumbrados a escuchar o leer la palabra *amor* en documentos como éstos. Cuando son tratados temas considerados serios, se busca apelar más a razonamientos científicos y dejar de lado algo tan ligado a las emociones y los afectos.

Sin embargo, utilizamos la palabra con toda su fuerza y su sentido: amor al próximo, amor a los más débiles, amor en la familia, amor a uno mismo.

El amor es la condición de la solidaridad. Sin él los demás son vistos como útiles, como medios para un fin y no como seres con toda su riqueza y sus posibilidades. Ponerse en el lugar del otro, apoyarlo, acompañarlo, compartir con él, son maneras de amar, contrarias al ejercicio de la violencia.

No podemos apropiarnos de los alcances de la relación de amor si no nos asomamos al concepto de comprensión.

Partimos, para reflexionar sobre este eje que sostendrá en gran medida nuestro itinerario, de un texto de pensador francés Edgar Morin (*Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*):

> "Hay dos comprensiones: la comprensión intelectual u objetiva y la comprensión humana intersubjetiva. Comprender significa intelectualmente aprehender en conjunto, *com-prehendere*, asir en conjunto (el texto y su contexto, las partes y el todo, lo múltiple y lo individual). La comprensión intelectual pasa por la inteligibilidad.
>
> Explicar, es considerar lo que hay que conocer como un objeto y aplicarle todos los medios objetivos de conocimiento. La explicación es obviamente necesaria para la comprensión intelectual u objetiva.

> La comprensión humana sobrepasa la explicación. La explicación es suficiente para la comprensión intelectual u objetiva de las cosas anónimas o materiales. Es insuficiente para la comprensión humana.
>
> Esta comporta un conocimiento de sujeto a sujeto. Si veo un niño llorando lo voy a comprender sin medir el grado de salinidad de sus lágrimas y, encontrando en mí mis angustias infantiles, lo identifico conmigo y me identifico con él. Las demás personas se perciben no sólo objetivamente, sino como otro sujeto con el cual uno se identifica y que uno identifica en sí mismo, un *ego alter* que se vuelve *alter ego*. Comprender incluye necesariamente un proceso de empatía, de identificación y de proyección. Siempre intersubjetiva, la comprensión necesita apertura, simpatía, generosidad."

El texto es muy interesante, porque nos sitúa en un plano de análisis preocupado por superar el enfoque meramente racional. Comprendemos con la razón, pero también con el corazón. Por eso es tan importante la expresión "siempre intersubjetiva…", porque de eso se trata, de la comprensión entre seres humanos.

El esfuerzo de comprensión intelectual atraviesa la historia toda de la humanidad. Hacia donde vayamos en el tiempo, encontramos a nuestros congéneres preguntando en todas direcciones. Nunca alcanzaron las cosas más cercanas, ni las superficies de las cosas. Nunca se detuvieron esa inquietud del espíritu, esa mirada disconforme, ese asombro ante el universo del cual fueron surgiendo interrogantes sobre la condición humana y sobre las causas de tanta multiplicidad de fenómenos.

Comprender fue, desde un comienzo, una actitud radicalmente humana, tanto en el tiempo como en el espacio. Porque ese afán de superar superficies cercanas se extendió también a la historia, para buscar explicaciones al presente, para proyectar futuros, para anticipar lo que será construido hoy como futuro.

El impulso hacia el comprender ha ido acompañado de una especie de contraimpulso, obstinado en cerrar caminos a la contextualización, a las explicaciones en profundidad, a la búsqueda de otros horizontes de lectura de la propia realidad. En este juego se vivieron,

y se viven, terribles situaciones de incomprensión, en las cuales no sólo se trata de conocimientos, sino también de conductas que siguen a esas maneras de percibir y de juzgar.

Si un punto nos preocupa de todos estos, es el de la descalificación de seres y de culturas. No es muy sencillo entretejer la espiritualidad, el amor, la confianza, cuando pesan como montañas viejos estereotipos que no permiten acercarse a los demás con una mirada limpia de prevenciones y de rechazos.

En este sentido, señala Morin:

> "La comprensión mutua entre humanos, tanto próximos como extraños es en adelante vital para que las relaciones humanas salgan de su estado bárbaro de incomprensión.
>
> De allí, la necesidad de estudiar la incomprensión desde sus raíces, sus modalidades y sus efectos. Este estudio sería tanto más importante cuanto que se centraría, no sólo en los síntomas, sino en las causas de los racismos, las xenofobias y los desprecios."

Nos hemos deslizado, en la reflexión, hacia la otra línea de comprensión señalada por ese pensador: la intersubjetiva. Comprendemos, decíamos, con la razón y el con el corazón. Aquí afloran palabras como "empatía", "identificación", "reconocimiento", "encuentro". Todo aquello tan pregonado y tan necesario de "ponerse en el lugar del otro".

Una comprensión desde lo hondo de nuestro ser, una capacidad de ver al otro en su dolor y en su alegría, y de *sentirlos con él*. Comprender desde el sentir, es un recurso vital para la educación. "Lo que no se hace sentir, no se entiende, y lo que no se entiende no interesa", decía Simón Rodríguez.

La pura racionalidad sin anclajes, sin vasos comunicantes con el sentir, nos lleva hacia la distancia de los seres humanos, y termina por magnificar una comprensión en detrimento de otra.

Recordemos un momento estremecedor en el Evangelio: “El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.” La mujer iba a ser golpeada por seres que no se habían visto a sí mismos y que no se habían puesto en el lugar de ella. Toda una vieja racionalidad se encargaba de sostener ese acto, hasta que fueron proferidas las palabras que lo desnudaron.

A modo de síntesis

Los temas tratados en este capítulo son vitales para abrir la mirada hacia la comprensión y la práctica de los derechos humanos. El ejercicio arbitrario del poder no tiene relación con la capacidad de comprender, ya que ésta significa la posibilidad de colocarse en el lugar del otro, de sentir desde sus sentires, de mirar desde sus miradas.

La violencia se abre de modo constante cuando se permiten esas salidas hacia el otro como si fuera un instrumento, un medio para un fin, un útil para satisfacer los deseos y los caprichos personales.

Esa instrumentalización de los demás está a la base de una práctica indiscriminada del poder.

Para practicar

¿Quiénes necesitan?

Trabajaremos el próximo capítulo lo que denominamos *grupos vulnerables de la sociedad*. La clarificación del diccionario es clarísima: se trata de seres que “pueden ser heridos o recibir lesión, física o moralmente”.

La vulnerabilidad va en relación directa con la debilidad en la que se está, socialmente hablando. Esto significa una situación dentro de la familia, de las instituciones y de distintos grupos.

Nadie está jamás ajeno a la posibilidad de ser vulnerado, pero debemos reconocer que no son pocos quienes tienen mayores garantías para evitar las referidas heridas. Pienso en quienes se ubican en una posición de poder dentro de determinadas relaciones, tanto generales como propias de la vida cotidiana.

Pues bien, lo importante de este tema es que nos movemos en el campo de grandes grupos más propensos a convertirse en víctimas de los ejercicios de poder.

Le pedimos, antes de seguir adelante, una reflexión sobre cuáles son esos sectores de la población y qué hace que se sitúen en el terrible territorio de la vulnerabilidad.

Y le pedimos el esfuerzo de reconocer en su contexto social la presencia de tales sectores, con una caracterización de los mismos y con una propuesta destinada a buscar alternativas de superación a la situación analizada.

Tendremos mucho que analizar sobre miles, millones de seres humanos sujetos a condiciones de vida durísimas, tanto en lo físico como en lo emocional. Pero lo haremos siempre desde usted, desde sus percepciones y experiencias.

¿Se anima a escribir un breve texto con el producto de sus análisis para discutirlo con su familia o sus amigos?

4

Violencia y sectores vulnerables

Hemos venido aludiendo a algunos grupos vulnerables en el seno de cualquier sociedad. Se trata, como acabamos de ver, de los seres más indefensos, sujetos a heridas físicas y morales, víctimas de distintas formas de ejercicio del poder, tal como se lo ha caracterizado a lo largo del texto.

La vulnerabilidad no es capricho de nadie, ni algo que pueda quedar sujeto a un punto de la sociedad. Es decir, se trata de un fenómeno, visto en términos globales, en el cual se interpenetran causas de las condiciones generales de un determinado país y de las relaciones propias de la vida cotidiana. Alguien puede descargar su ira en el seno de su familia no sólo porque sea una persona violenta, sino porque no sabe hacia dónde proyectar sus energías debido a la falta de trabajo.

Para decirlo con la mayor precisión:

> Los victimarios son casi siempre víctimas, en una cadena terrible.

Pero el peso de la argumentación se orientará en las páginas siguientes a algunos de los grupos más sujetos a esas formas de maltrato, a esas agresiones:

- niños y niñas;
- jóvenes;
- mujeres.

Dejamos para un análisis que nos debemos en este trabajo con respecto a la violencia, a los ancianos. Pero podemos decir algo de ellos también aquí: para este invierno de 2004 el gobierno inglés ha hecho una proyección de 50.000 muertos a causa del frío en el país, de

los cuales la inmensa mayoría serán ancianos. Las cifras deben ser llevada a un mayor plano de concreción: se trata de un período de cuatro meses, lo que significará alrededor de 480 personas por día. Una verdadera catástrofe humanitaria que a casi nadie le mueve un pelo. El colmo del escándalo es que no estamos hablando de un miserable país perdido en qué sabe qué mapa, sino de la cuarta economía del mundo. El abandono a los ancianos constituye un insulto a los derechos humanos y a la dignidad de cualquier sociedad.

Detenernos en niños y niñas, jóvenes y mujeres, no significa que dejemos de reconocer la situación privilegiada que muchos de ellos pueden tener en cualquier espacio de relaciones humanas. Los privilegios económicos, tan mal distribuidos, alcanzan también a seres incluidos en esas categorías. Tampoco podemos dejar fuera el reconocimiento de la vulnerabilidad de los adultos varones, por flagelos como el desempleo y la miseria. Pero estas necesarias aclaraciones no llevan a dejar de lado lo que sucede a escala general en la inmensa mayoría de las sociedades latinoamericanas: los grupos vulnerables están conformados mayoritariamente por niños y niñas, jóvenes y mujeres.

Utilizaremos para la lectura las categorías de *usos sociales* y *discurso identitario*. Las veremos con más detalle a la hora de utilizarlas; digamos ahora que por la primera entiendo el abuso de alguien en beneficio de otro, como un instrumento para satisfacer deseos de todo tipo. Para la noción de *discurso identitario* me baso en una obra de Todorov dedicada a la revisión de los alcances y las consecuencias de la conquista de América.[3] Se trata de un discurso que lee la realidad desde sí mismo y da lugar a todo tipo de usos y de excesos, en la medida en que no reconoce nada del otro. He llevado el esquema de análisis, como verá más adelante, a lo que denomino el *territorio social de la juventud*, hacia el cual se aplica también el discurso identitario.

Los usos sociales de la niñez

[3] Zvetan Todorov, *La conquista de América, el descubrimiento del otro*,

En 1990 escribí en Costa Rica para Radio Nederland Training Centre, RNTC, el libro *Comunicación y niñez*. En él introduje el concepto de "usos sociales de la niñez" para aludir a las formas de explotación de esos amplios sectores de la población. El texto sigue teniendo, desgraciadamente, vigencia por varias razones: primero porque la situación de la niñez no ha mejorado en estos más de diez años; segundo porque la conciencia de lo terrible de los usos sociales no se ha generalizado entre la población adulta. Por el contrario, muchos de esos usos son desconocidos y, lo que es más terrible, tolerados como algo natural.

Retomo en este texto cada uno de ellos, para insistir en la necesidad de una toma de conciencia en el contexto de la reflexión sobre la violencia.

Reconocemos seis usos sociales de los niños y las niñas:

1. Como engranajes de reproducción social.
2. Como fuerza de trabajo.
3. Como descarga de las tensiones de los adultos.
4. Como espectáculo.
5. Como consumidores.
6. Como mercancías.

Cada uno supone violencia, sea sutil o abierta. En tanto subsisten, la violencia atraviesa de parte a parte nuestras sociedades, constituye su trama íntima aun cuando nos hayamos habituado a convivir con ella.

Engranaje de reproducción social

La niñez aparece en este uso como algo transitorio, solo el futuro cuenta, solo el lugar previsto por la sociedad. Como ella necesita continuar, vienen al mundo seres

destinados a ocupar el sitio de otros, a engrandecer patrias, a ampliar el progreso de la humanidad. Pura retórica esto, ¿quién lo duda? Cuando yo era niño había consignas orientadas a poblar nuestras tierras, ahora todo apunta a despoblarlas, campañas de control de la natalidad, hambrunas masivas mediante. Hemos oído en guerras recientes incitaciones a las madres para traer más hijos al mundo, con el fin de ocupar los puestos de los caídos en el frente.

La sociedad necesita brazos, consumidores, técnicos, profesionales, enfermeras, maestros... Y no admite más bocas sin alimentos. La reproducción social tiene sus vaivenes: si alcanzas a entrar en el cada vez más estrecho reparto de beneficios te abrirán el camino hacia alguna cuota de certidumbre. Si no, pasarás a rodar por el espacio de los sin futuro, y nadie se ocupará de ti. En uno y otro caso no habrá lugar para el presente, todo se hará en función de un mañana determinado por el mundo adulto.

Desde la perspectiva de este uso, el papel del niño es dar continuidad en un futuro a la sociedad. Poco interesan su existencia en particular, lo específico de la niñez. Recupero aquí aquello de Rousseau compartido anteriormente: “Dejad que la infancia madure en los niños”. Aquí nadie madura como tal, sino en razón a la reproducción de lo que la sociedad ya es.

Fuerza de trabajo

Un niño o una niña son débiles, quién lo duda. Nacen indefenso, requieren un largo tiempo para aprender los más elementales recursos de supervivencia, están a merced del mundo adulto, para bien o para mal. La debilidad los acompaña durante años, es su lado más vulnerable, su llaga abierta a la incertidumbre.

Cuando una sociedad condena a la mayoría de sus niños y niñas a una acentuación de la debilidad, cuando no ofrece recursos mínimos para cobijar a esos seres, estamos ante una sociedad indigna. Hay muchas maneras de ensañarse con quien no puede ofrecer la suficiente resistencia, con quien está radicalmente (es decir, de raíz) en manos de los demás. Una de ellas es la de obligar a esa debilidad a convertirse en fuerza de trabajo.

No nos engañemos. La explicación no pasa por la perversión de padres capaces de enviar a sus pequeños al mercado para vender sus primeras fuerzas. Lo perverso es una estructura social capaz de arrojar a grandes, inmensas mayorías a los brazos huesudos de la miseria. El trabajo infantil es efecto de una causa profunda, y no del capricho de los mayores.

¿Datos? Las cifras a nadie le mueven un pelo. En nuestros países miles de niños han sido arrojados a las calles para inventar sistemas de supervivencia. América Latina es ya una sola gracias a la pobreza crónica. He visto niños vendedores, payasos, contorsionistas, cargadores, limpiabotas, cosechadores, tragafuegos; he visto niños mendigos, deformes y deformados; niños limpiavidrios, lavacoches, jardineros, albañiles, escarba basuras... A todo se habitúan los buenos ciudadanos. Si el mayor escándalo es acostumbrarse al escándalo, es este escándalo el mayor de todos.

Las palabras suenan como latigazos de ironía: el lado más débil de la sociedad convertido en fuerza de trabajo. Esto significa una paga mínima, ausencia de derechos, sobre explotación… Detrás de todo niño o niña condenado a este sufrimiento, hay siempre adultos, desde padres que viven condenados a la pobreza hasta quienes provocan esas situaciones y se benefician con mano de obra barata.

Descarga de tensiones

La niñez es el flanco más vulnerable de cualquier agrupamiento humano. Y lo es no sólo por esa manera de echarle encima cuanto recorte presupuestario viene gracias a los magos de las finanzas internacionales, sino también por el trato cotidiano. En una coyuntura histórica en la que la supervivencia se vuelve ley, en que la competencia condena a cualquiera a una crónica inestabilidad, las tensiones de los adultos causan estragos en las relaciones inmediatas. Y en estas últimas hay siempre niños.

Brutal paradoja: el niño y la niña como lo más cercano, inmediato, y a la vez lo más lejano. Cercano para ejercer violencia, para descargar una agresividad sin límites, a cuenta de las humillaciones y las tensiones diarias; para forzar a refrenar impulsos vitales, alegría, motricidad, curiosidad... Cercano para descargar una violencia si no física, simbólica, destinada a cerrar caminos a la construcción de la propia personalidad, a la creatividad. Y lejano por la incompresión, por el desconocimiento de sus más elementales características, por las miserables cuotas de tiempo dedicadas a apoyar juegos y diálogos.

En este ejercicio de tensiones, el vencido es siempre el niño o la niña, la diferencia de fuerzas es demasiado grande, el poder viene desde lo alto, desde la implacable estatura adulta.

Muchos de nuestros pequeños y pequeñas son forzados a convertirse en el basurero de las descargas de tensiones adultas, basurero físico y psicológico.

Espectáculo

Payasos, contorsionistas, tragafuegos, cantantes, cuenta chistes, bailarines, los niños de la calle son parte de un triste show repetido en la inmensa mayoría de nuestras grandes ciudades. Pero el uso en el espectáculo va más allá: la pornografía

infantil, los programas televisivos donde las productoras se ahorran dinero haciendo actuar a los pequeños en torpes caricaturas, en un infantilismo atroz; la publicidad con los chicos como proclamadores de mercancías; los productores de noticias, con el placer morboso de mostrarnos a los niños y las niñas de la guerra, de las pestes, de las hambrunas; los políticos, que nunca han olvidado la lección de Cicerón, cuando ganó un juicio llorando con un chico en brazos.

En esta sociedad enferma de espectáculo el niño y la niña tienen reservados papeles muy variados, casi todos denigrantes, humillantes, verdaderos insultos a su capacidad y su creatividad.

Consumidor

La ideología del mercado total ha ganado la batalla en estos últimos años del siglo. "Eres si consumes" es la máxima. Más aun: eres lo que consumes. Y en función de eso se descubrió hace décadas a la niñez como consumidora. El mercado produce para todos los estratos sociales, desde las muñecas mal hechas de plástico hasta los juguetes electrónicos.

Existe a escala planetaria una gigantesca línea de mercadotecnia dirigida a los niños y a quienes pueden comprar para ellos. Y aquí no valen sutilezas: se trata de vender, de persuadir a cualquier precio. Así, son groseramente manipulados sentimientos, símbolos, rostros, tradiciones, relaciones íntimas; todo vale. El más sucio, en toda esta suciedad, es el mercado de alimentos, con las promesas de energías, cuerpos saludables, desarrollos perfectos, cuando en la mayoría de los casos son vendidos productos saborizados a base de manejos químicos.

Mercancía

Y en este mercado total niños y niñas son vendidos y comprados. Repugna referirse a un tráfico de seres digno de los peores momentos de la esclavitud. Las denuncias sobre pequeños robados, sacados de países, asesinados para utilización de sus órganos, se multiplican, pero no por eso el mercado deja de crecer. Apropiación definitiva, uso de usos éste, el más atroz de una pesadilla demasiado real.

A esto se ha sumado, venimos tomando de manera abrupta conciencia de ello, la pedofilia, el uso de niñas y niñas sin ninguna defensa para satisfacer la sexualidad de los adultos. A fines de 2003 se conoció en Portugal la existencia de una red de prostitución infantil en la cual estaban involucrados políticos y funcionarios de una casa de protección de la infancia…

Lo indigno de todo esto es la vulnerabilidad llevada al grado más extremo, en un horizonte de ruinas de futuro: la destrucción de física y psicológica tiene en cada uno de esos casos una perspectiva nada alentadora.

El acompañamiento de estos horrores a través de los recursos de Internet no hace más que acentuar el lado más detestable de tanta miseria humana.

La naturalización del escándalo

Que la conciencia está lejos de esos usos sociales de la niñez lo prueban hechos como el siguiente:

> Madres que hacen largas filas para exhibir a sus hijas de 13 a 15 años ante promotores de modelos, con toda la ilusión de verlas en las pasarelas.

No es nuestro interés condenar los desfiles de modelos, para nada. Pero cuando se presenta a las propias hijas como una mercancía a valorar, es preciso reflexionar sobre las percepciones de base.

Los usos merecen ser reconocidos en todas sus dimensiones y en todas las situaciones, no sólo en graves muestras de violencia social como las incluidas en el apartado anterior. Hay detalles cotidianos en los cuales están presentes y necesitamos aguzar la mirada ante ellos.

Digámoslo de esta manera: ninguna sociedad, al menos de nuestros países latinoamericanos, está exenta de los usos sociales de la niñez. A mayor tolerancia de los mismos, a mayor naturalización del escándalo, mayor indignidad social.

Para practicar

Reconozcamos los usos

Como le indicamos, la instrumentalización de niños y niñas suele aparecer en la sociedad como si fuera algo normal, como si nada se debiera decir al respecto.

Queremos invitarlo a una lectura crítica de tales usos en su contexto más inmediato y en ejemplos que usted quiera tomar de la cultura mediática. Hemos trabajado estos temas en textos similares a éste, dedicados a la lectura de mensajes por parte de los mismos niños.[4]

Le pedimos en primer lugar que, con toda claridad, enumere los usos que conocía y los que no conocía. Hemos hecho una propuesta general, usted puede incluso proponer otros usos que nosotros no hayamos contemplado.

[4] Prieto Castillo, Daniel. *Analicemos los mensajes televisivos*, Costa Rica, RNTC-CDI, 2002.

Luego, para completar esta práctica, deberá identificar ejemplos de usos y describir el modo en que los está llevando a cabo y las posibles consecuencias de los mismos. Como le hemos solicitado en otras oportunidades, será de suma importancia compartir los resultados de su búsqueda en el seno de su familia y con grupos de amigos.

Discurso identitario aplicado a los jóvenes

Corresponde ahora detenernos en el segundo grupo social que seleccionamos en relación con la vulnerabilidad: los y las jóvenes. Reitero que se trata de sectores de la sociedad golpeados por formas de violencia y de abandono, excepción hecha de quienes están en situación privilegiada dentro del reparto de los privilegios del poder social.

Como anticipé, utilizaremos para referirnos a los y las jóvenes el concepto de *discurso identitario*, que toma como punto de partida la consideración del *otro social*, expresión que tiene aquí todo el sentido. Lo otro y el *otro*, históricamente, fueron asociados con espacios no civilizados y lo monstruoso, como el extranjero; el otro como lo diferente, lo contrario, lo opuesto; pero también malo, perverso, lo incierto, lo dudoso.

El problema no es el otro, sino desde dónde lo miro. Se ha denominado a una mirada incapaz de ver al otro desde su cultura y sus razones, experiencias y sentires, *discurso identitario*. Un discurso que coloca todo del lado de quien mira, de quien juzga, de quien atribuye ciertos valores, ciertos saberes, ciertas conductas, y niega otros. Un discurso caracterizado por:

- valoración de la propia sociedad;
- valoración de la propia cotidianidad;
- valoración de los propios valores;
- valoración de la propia cultura;

- valoración de la propia lengua;
- valoración de los propios espacios;
- valoración de las propias razones;
- valoración de los propios sentires;
- valoración de las propias percepciones.

Hemos padecido, y seguimos padeciendo esto de una cultura a otras. La mirada de Cristóbal Colón, expresada en sus diarios de viaje y en su correspondencia, era incapaz de reconocer otra cosa que mercancías y posibles esclavos entre los indios. Nacimos signados por esa mirada mercantil y los siglos no han terminado de mitigarla.

Pero nuestro argumento es que el discurso identitario se ejerce también dentro de una misma cultura, dentro de un país, dentro de las relaciones entre distintas edades. Siempre hay un otro irreductible en cualquier sociedad, siempre está presente el discurso identitario para aceptar o rechazar culturas de minorías, de sectores que durante siglos no han sido reconocidos como iguales.

Pues bien, necesitamos reconocer que el discurso identitario también se ha dirigido, de manera constante y a menudo terrible, a ese vasto territorio social (vasto por la cantidad de seres, por sus diferencias según edades y culturas, según oportunidades de vivir) que nombramos con el término *juventud*.

Reconocemos por lo menos las siguientes maneras de encerrar a miles, millones de seres, en el discurso identitario:

- el filicidio;
- la identificación con la violencia;
- la identificación con la anomia y el desorden;
- la identificación con el puro goce;

- la identificación con el riesgo y la vulnerabilidad;
- la condena a ser un simple tránsito.

En tanto otros, las jóvenes y los jóvenes fueron víctimas durante siglos, y lo son aún, del discurso identitario. Fueron y son un territorio a conquistar por el mundo adulto, por impredecible, por cercano a la corporalidad, por su torrente de energía y de vida.

Control, entonces, mirada constante para no dejar nada afuera, enseñar a mirarte, incluso, a aceptar la versión que de ti te dan. Y, de tiempo en tiempo, las matanzas. Lo que no se controla se mata, o es puesto en situación de morir.

Si ubicamos a la juventud dentro de los grupos vulnerables no es por capricho o por una ocurrencia nuestra. Estamos en presencia de millones de seres con derecho a ser y a ocupar un espacio digno y creativo en la sociedad.

El filicidio

A los dioses siempre les atrajo la sangre joven. Desde el pedido del sacrificio de Isaac a Abraham, hasta el sacrificio de Ifigenia en la tradición griega para que las naves pudieran partir hacia Troya con vientos propicios, como vimos anteriormente, tenemos abierto un camino que no se cerrará. Nos consta la continuidad del filicidio a lo largo de siglos y siglos, fundamentalmente a través de las guerras a las cuales van, como muralla para los adultos, los jóvenes.

No nos consta el parricidio, como forma generalizada de venganza por parte de quienes son sujetos de las guerras, sean éstas entre países o fratricidas. Aún cuando en la tradición freudiana aparece aquello de matar al padre, en los hechos la violencia de los jóvenes contra los adultos ha sido siempre excepcional, a pesar de tanta sangre derramada, de tanta muerte en la flor de la vida.

No nos constan la venganza, el abandono de los mayores por quienes fueron jóvenes cuando llega la hora de cuidarlos. Nos consta el abandono de los adultos hacia los jóvenes, sobre todo de quienes tienen el poder de decisión en la sociedad, el abandono por empobrecimiento, por agresión directa, por estrechamiento de las posibilidades de creación cultural, por angostamiento del futuro.

La expresión *filicidio* suena demasiado dura, pero la mantenemos aquí sin suavizarla porque tiene vigencia y sentido para comprender lo que se sigue practicando con no pocos jóvenes en nuestras sociedades.

La identificación con la violencia

De atenernos a la prédica constante en buena parte de los grandes medios de comunicación, las ciudades estarían a merced de una violencia sin márgenes, protagonizada por los jóvenes. Pero se trata de una mínima mancha en el oscuro océano de la violencia social. No son los jóvenes quienes han quebrado estados enteros, quienes han destruido sistemas de salud, quienes han debilitado hasta las raíces los sistemas educativos, quienes vacían los países moral y económicamente. Si la corrupción es una clara medida de la violencia social, nuestros jóvenes son un océano de paz en un mundo diseñado por los adultos en el poder.

Hay una total asimetría entre la violencia social generalizada y los actos de violencia de los que no cesan de hablarnos ciertos medios de comunicación. Estamos en apenas una reacción frente a tanta violencia cotidiana. En los modelos sociales favorables a la violencia figuran, casi siempre en sentido negativo, jóvenes.

Detengámonos en lo relativo a modelos sociales. Nos cabe la responsabilidad por los modelos sociales que difundimos para los niños y para los jóvenes, responsabilidad que en

general no es asumida por quienes se mueven en el espacio de los medios de comunicación, con el argumento de la libertad y de ofrecerle a la gente lo que la gente quiere. Nos preocupa, en estos juegos de fin se siglo, la postura cómoda de dejar hacer y dejar pasar en lo que a oferta cultural se refiere, porque con ese criterio de todo vale vamos sembrando violencia en todas direcciones y, sobre todo, en la percepción más temprana de los niños y las niñas, que se continúa con los jóvenes.

La responsabilidad por el modelo implica la responsabilidad por lo que el modelo comunica. Un modelo no logra su cometido de influencia en el otro sino es a través de la relación constantes. Es decir, cuando pienso en un modelo pienso en lo que significa el contacto constante con él. La influencia proviene de esa relación y no sólo de lo que puede aportar el modelo de bueno o de malo. Por eso estamos más situados si frente a los modelos propios de las ideologías de la violencia y de la muerte oponemos muy de vez en cuando modelos que trabajen función de la no violencia y de la vida.

En cuanto a presencia constante en los medios, al menos en estos rincones latinoamericanos del planeta, la presencia de los modelos de violencia es muy superior. Hemos analizado largamente materiales de difusión masiva en nuestros países y nos hemos encontrado con modelos que no son otra cosa que caricaturas de seres, emprobrecimiento de lo que puede significar una persona, maneras estrechas de ofrecer a los perceptores una concepción del hombre y de sus posibilidades. En la búsqueda y la construcción de modelos positivos para nuestras niñas, niños y jóvenes, nos toca utilizar las mejores fuerzas que tenemos.

La identificación con la anomia y el desorden

La anomia, caracterizada como “notable desviación respecto de una norma”, aparece encarnada en las jóvenes y los jóvenes. En realidad, históricamente se ha vivido un corrimiento de las edades. Porque la posibilidad de desviación fue atribuida durante siglos

a los niños. Recordemos un texto con admoniciones por demás utilizadas en el pasado y no agotadas en el presente:

> "Castigad a vuestro hijo en sus primeros años y os consolará en vuestra vejez y será el adorno de vuestra alma. No ahorréis la corrección a vuestros hijos, pues la vara no los matará, sino que les hará bien; cuando golpeáis su cuerpo libráis su alma... Si amáis a vuestro hijo castigadle a menudo para que pueda después alegrar vuestro espíritu. Castigadle en su juventud y cuando sea un hombre será vuestro consuelo...Educad a vuestro hijo en el temor y hallaréis en él paz y bendición" *Domostroi*, citado por Patrick P. Dunn, *Historia de la infancia.*[5]

El castigo se dirige a impedir el desorden, a hacer previsible la conducta de tantos seres, a sujetar la energía de esa edad, para lograr, mediante tales métodos, un adulto con el alma libre, dispuesto a alegrar el espíritu de los ancianos.

No nos consta para nada que la educación por el temor asegure paz y bendición para los adultos, como tampoco nos consta que la violencia recibida se vuelva mecánicamente violencia cuando se posee las fuerzas necesarias para ejercerla.

La anomia y el desorden, cuando existen en el caso de los jóvenes, son efectos y no causas. Porque a la base de ellos están el abandono generalizado, la destrucción de la familia, la pauperización de países enteros.

La identificación con el puro goce

También resuenan voces en relación con el abandono de la juventud al puro goce, como si no hubiera mañana, como si ninguna responsabilidad social pudiera tomarse, como si sólo contara su corporalidad, su vida centrada en el instante presente.

---

[5] *Historia de la infancia, citado.*

La pregunta es ¿qué tiene de malo el goce? ¿No alcanza aquí todo su sentido aquella frase de Lyotard “¡Déjennos jugar!”?

No nos consta en abandono al goce y al desenfreno, ni la presencia de una energía descontrolada que pondría en riesgo la estabilidad de la sociedad. Nos consta el miedo adulto a esa energía, la envidia adulta incluso, con aquello de apostar todo al no envejecimiento, a idealizar la juventud eterna en la pantalla en la obsesión de no dejar pasar la edad y, a la vez, el castigo a los jóvenes en las relaciones sociales.

No nos consta la irresponsabilidad, la negación del mañana, el quedarse sólo en el presente. Si alguien estrecha el presente es el mundo adulto, el mundo de quienes deciden el destino de millones de seres, a escala de países y del planeta todo.

La identificación con el riesgo y la vulnerabilidad

Otra forma de domesticación pasa por el empecinamiento en relacionar juventud con riesgo y vulnerabilidad, como si todo quedara en el terreno de seres que deben ser protegidos, porque por sí solos nada pueden hacer.

Nadie discute el abandono y la existencia de situaciones de riesgo, pero la prédica en torno a ellas va atada a un intento de reducir a millones de seres a situaciones ancladas en una niñez eterna, en el sentido de la dependencia y de la falta de capacidad de decisión.

Nos consta que eso no es así, nos consta un riquísimo abanico de experiencias en las cuales las jóvenes y los jóvenes construyen experiencias, se relacionan, toman decisiones, con toda la madurez que una mirada adulta no suele reconocerles.

Y nos consta que esa madurez permite asumir el riesgo de la propia existencia, con la imaginación, la voluntad y la creatividad que a menudo el mundo adulto va dejando de impulsar. Nos consta el maravilloso espíritu de aventura, en el sentido de aventurar algo, de avanzar hacia donde otros no pudieron o no quisieron, de romper normas de comunicación y de expresión.

Vale la pena detenernos aquí en el concepto de *infantilización*. Se trata de algo a lo que son forzados muchos jóvenes.

La etimología puede ayudarnos en este caso. El "infans" era en tiempos de la antigua Roma el que no sabe o no puede hablar; el poco elocuente, el que no posee el don de la palabra. "Infantia" aludía además a la esterilidad de las palabras, a la dificultad de expresarse. Un término cercano a éste: "puer", niño, niña, hijo, hija, esclavo joven, servidor, paje. Y otro: "puerilis": infantil, pueril, la niñez; en sentido figurado: pueril, irreflexivo, inconsiderado, frívolo.

Los diccionarios más cercanos señalan al infante como "niño que no ha llegado a los 7 años. El infantilismo es definido como la permanencia en la adolescencia o en la edad adulta de los caracteres físicos o mentales de la infancia. Pueril figura como "relativo al niño", pero también fútil, trivial, infundado.

Veamos algunos usos de la palabras que nos ocupan en nuestro tiempo. Susan Sontag, para referirse al modo en que los medios de comunicación tratan la guerra total lanzada por Bush, señala: "Las voces autorizadas a seguir de cerca este acontecimiento, parecen haberse unido en una campaña destinada a puerilizar a la opinión pública."[6]

Carlos Monsiváis, en una entrevista dedicada a la selección de libros de lectura por parte de la Secretaría de Educación Pública de su país, México: "Lo que me queda claro es que la

[6] "Mirar la realidad de frente", en Venezuela analítica.com, setiembre de 2001)

SEP lleva mucho tiempo ignorando cuáles son los verdaderos procesos formativos … Por lo pronto, lo que veo es el afán caótico de puerilizar la niñez, y la niñez no puede ser nunca la edad pueril, sino la del inicio de la imaginación, la crítica, el gozo del idioma y la alegría del conocimiento."[7]

Ignacio Ramonet, conocido en nuestro país por el periódico Le Monde Diplomatique, señala con respecto a la cultura mediática contemporánea: "¿Cómo se comunica? Privilegiando tres cualidades: la rapidez … la sencillez … y hay que ser divertido. … cuando esas tres cualidades se repiten, conducen inevitablemente a una concepción muy infantil del pensamiento. Hay un proceso de infantilización de los mensajes."[8]

Como vemos, la preocupación por la infantilización está muy presente en nuestro tiempo, tanto en la cultura mediática como en la educación. Me detengo en la reflexión de Monsiváis: no puerilizar la infancia. Retomo la expresión de Rousseau: "Dejad que la infancia madure en los niños". Infantilizar, puerilizar, significa un intento de negar la madurez a cualquier etapa de la vida, la niñez incluida.

Llamo infantilizar a pedirle a alguien algo por debajo de sus capacidades y potencialidades; a proponerle tareas humillantes para su edad y su inteligencia; a echar por tierra su imaginación; a tirar hacia abajo; a no actuar como zona de desarrollo próximo, ZDP, en el sentido vygotskiano, sino como una zona de estancamiento permanente, ZEP; a desanimar el espíritu de aventura, en el sentido de aventura del conocimiento, de aventurar la propia palabra, la propia iniciativa y la propia creatividad.[9]

La condena a ser un simple tránsito

El diccionario Salvat es lapidario:

---

[7] Declaraciones al diario La Jornada, 12 de agosto de 2002

[8] En Noticias. www.solidaridad.net

[9] Los textos de Lev Vygotsky han aportado mucho a la comprensión de la formación de la cultura humana.

Juventud: edad entre la niñez y la juventud; primeros tiempos de una cosa.

¿De cuántos años hablamos? ¿De los diez a los diez y ocho? ¿De los diez a los veinticinco? ¿A los treinta? Largo tránsito, condena a pasar sin dejar huellas, como si todo se resolviera en crecer y en llenar las alforjas para cuando seas grande.

Y, sin embargo, ese tránsito puede ser convertido en un fin en sí mismo. Si todo se apostara a llegar a la adultez, ¿para qué mandar a los jóvenes a la guerra? ¿Para qué prostituirlos? ¿Para qué malvender su fuerza de trabajo?

Ni una ni otra alternativa. En esos largos tiempos se abren los caminos de la ciudadanía, de la construcción social entre pares, de la ruptura de límites impuestos a la expresión y a la imaginación, de la magia del encuentro con el propio cuerpo y con el ajeno, de los espacios de goce de la relación con los otros.

El adultocentrismo

Los puntos desarrollados, en sus formas de agresión a la juventud, se centran en la mirada adultocéntrica, en el discurso identitario de quienes ejercen el poder en la sociedad. El discurso identitario significa un monopolio de la palabra y de la interpretación:

> "…los niños, los jóvenes, los enfermos mentales, los ancianos, los que no tengan un valor productivo y capacidad de consumo, posibilidades de explotación en el mercado, no tienen la palabra, no son escuchados, no tienen discurso, no existen como personas." (Oscar Arévalo Solórzano, "Croquis para algún día".)

Para dominar se siembran, añade el autor, la dependencia, la baja autoestima, la exclusión de las decisiones políticas y del mercado laboral; se avanza sobre la ludicidad, sobre la corporalidad.

Y encima les cae a las jóvenes y los jóvenes aquello de ser “el futuro de la patria”, cuando de todas maneras el futuro será de ellos y cuando se los percibe como encargados de construir lo que a menudo los adultos vienen destruyendo.

Para practicar

¿Y si le preguntamos a los y las jóvenes?

Hemos hablado de un segundo grupo de seres vulnerables, desde nuestros análisis como personas pertenecientes al mundo de los adultos. Pero también es importante, sobre todo en estos casos, preguntar a quienes son objeto de nuestra reflexión.

Le proponemos seleccionar algunos de los puntos tratados en relación con ese grupo y organizar, sobre la base de ellos, entrevistas a jóvenes, ya sea de su familia o conocidos en su contexto más cercano.

Se trata de un diálogo nada menos que sobre ellos y ellas, por lo que deberá extremar su capacidad de comunicación para lograr resultados valiosos para todos. Porque aquí lo que se busca no es sólo que usted aprenda de sus entrevistados, sino que también se produzca una reflexión por parte de ellos en relación con sus propias condiciones de existencia.

El tardío reconocimiento de los derechos de la mujer

En 1995, en la Conferencia Mundial sobre Mujeres, realizada en Beijing, fue aprobada una declaración en la cual se dice textualmente:

> "Los derechos de las mujeres son derechos humanos".

1995. Cientos, miles de años de civilizaciones para llegar hace menos de una década a una afirmación que se cae de obvia. Habría que decir:

- las mujeres son seres humanos;
- los seres humanos tienen derechos;
- los derechos de las mujeres son derechos humanos.

¿Es que no se las reconocía como seres humanos antes de esa declaración? Difícilmente alguien querrá responder afirmativamente. La humanidad está compuesta de hombres y mujeres. Entonces, qué necesidad hubo de lanzar a escala de todo el planeta una expresión como: "los derechos de las mujeres son derechos humanos".

Un ser humano, nadie lo niega, pero ubicado en un papel secundario en la sociedad, sujeto al poder del hombre, del varón, vulnerado a menudo en el seno de la familia, discriminado en el trabajo y en la posibilidad de tomar decisiones, agredido en situaciones de guerra, un ser humano siempre en situación de convertirse en una víctima.

Concepto de género

Para avanzar en la reflexión y en el análisis necesitamos reconocer la vigencia de percepciones que sostienen ese lugar social atribuido a la mujer. Mencionemos la tradición todavía viva en algunos países del séptimo hijo varón apadrinado por el presidente. ¿Por qué varón? ¿Por qué no apadrinar también a la séptima hija mujer? ¿Qué

sucedía cuando después de seis hombres nacía una mujer? ¿Era considerado ese nacimiento una desgracia?

Veamos las expresiones cotidianas. Cuando de alguien se dice “es un hombre público”, se alude a un político, a un ser con presencia en la sociedad. En cambio, la expresión “mujer pública” alude a una prostituta.

En muchos casos cuando una mujer busca trabajo no lo consigue por el hecho de ser casada, debido al afán de lucro que lleva a no contratar a alguien que podrá pedir licencia por embarazo o tendrá problemas de cumplimiento por cuestiones familiares.

Podría multiplicar los ejemplos. Cada uno muestra una tradición de siglos y siglos: la mujer ocupa un lugar secundario en la sociedad, si bien no se le niega su calidad humana se le niegan derechos humanos.

Para tratar de explicar ese trato, ese lugar asignado en la familia y en la vida pública, se utiliza el concepto de **genero**. Nacemos diferentes. De un sexo a otro varían los órganos, el sistema glandular, la forma del cuerpo. Esas son nuestras indiscutibles diferencias biológicas. Podemos hablar de sexo biológico. ¿Hay otro acaso? Sí. El **sexo cultural**.

Una vez reconocido el sexo biológico (alguien nace niña o niño), la sociedad, a través de los padres, de las familias, de distintas instituciones, atribuye a cada uno un conjunto de características sociales que deben ser aprendidas y terminan por constituir el sexo cultural.

Se llama género al conjunto de características sociales atribuidas a una persona según su sexo. Estamos no ya ante lo que distingue en las especies al macho de la hembra, sino, en el caso del ser humano, a lo que socialmente distingue lo masculino de lo femenino.

"La asignación de lo que es masculino o femenino es una construcción social, una interpretación social", afirma Cora Ferro Calabrese.[10]

Lo masculino está cargado de valores que apuntan a la vida pública, a la toma de decisiones, a la fuerza, a la competencia, al uso legitimado de la violencia, a la aventura. Lo femenino está cargado de valores que apuntan a la vida privada, a la pasividad, a lo maternal, a la sumisión, al sacrificio.

Es sobre esa base que se va aprendiendo el respectivo género en la familia y en otras instituciones sociales. "Aprendiendo" quiere decir que no estamos ante algo natural, querido por la naturaleza, sino ante algo cultural, determinado por los seres humanos, sujetos a tradiciones que reflejan la división del poder en la sociedad.

Ese aprendizaje de lo que la sociedad espera de cada uno de sus nuevos integrantes, termina por constituir la **identidad** de una persona en lo relativo a su manera de **verse hombre** o de **verse mujer**. El género es asumido como si fuera el propio ser, con las consiguientes percepciones de uno mismo y de los demás, y con las conductas que de todo ello se derivan.

¿Adónde conduce todo esto? De la diferencia inicial entre los sexos (varón, mujer) se llega a la desigualdad entre hombres y mujeres, a **identidades de género diferenciadas**, en las que lo masculino es puesto como superior y lo femenino como subordinado a aquél.

Cuando esas diferencias son aceptadas como naturales, termina por justificarse alguna forma de violencia hacia ese ser subordinado: la mujer.

Violencia de género

[10] *Florecerá la esperanza.* Ecuador, Consejo Mundial de Iglesias, 2002.

Si género es el **conjunto de características sociales atribuidas a una persona según su sexo**, la **violencia de género** consistirá en los abusos que se cometen sobre la mujer amparados en la legitimación de características dominantes atribuidas al hombre.

Nos interesa retomar la palabra **legitimación**. Recordemos algunos términos conexos: legal, legítimo, ilegítimo. Se trata de todo lo sujeto a ley, a norma reconocida y aceptada. Por siglos y siglos de tradición las sociedades legitiman las diferencias de género, las consideran algo natural, incuestionable. Y de legitimación en legitimación se termina por justificar formas de violencia.

La violencia de género se practica en la vida pública cuando se niegan a las mujeres cargos de responsabilidad en el trabajo, cuando se las discrimina en sus salarios, cuando se las somete a humillaciones en organismos judiciales y de salud, cuando son las principales víctimas en situaciones de guerra o de migraciones forzadas.

La victimación

Volvamos al concepto de víctima. Se trata de alguien que es objeto de algún tipo de abuso, de violencia. Comprender el alcance de esa palabra es fundamental para aclarar esta división de roles que provoca la división sexual basada en el género.

La primera pregunta es ¿víctima de quién? La respuesta es sencilla: del ser que en el seno de la familia (o en el espacio del trabajo) ejerce directamente la violencia. La responsabilidad es clara y no puede ser discutida: alguien se atribuye el poder de ejercer la violencia.

Pero hay que hacer otra pregunta: ¿víctima de qué? Supongamos el caso tan común de una familia que entra en crisis por la pérdida del trabajo del padre. Las carencias económicas pueden llevar a tensiones y a algún tipo de violencia. Si esta es ejercida por el

hombre, tenemos el quién. Pero el qué se nos abre a una situación social, al peso del contexto en la esfera privada.

Otro ejemplo, a menudo muy presente: el hombre que creció en un ambiente de violencia paterna y que termina por repetirla en su propia familia. El responsable es él, no cabe duda, pero a su vez nos corresponde entender que fue víctima de una violencia anterior.

Este juego del quién y el qué puede aplicarse a otras esferas, como por ejemplo al ámbito de la justicia. Cuando una mujer denuncia maltrato y se duda de sus palabras, se la somete a humillaciones, se la invita a no denunciar "para salvar la familia", el responsable directo es el funcionario que pone en práctica todo eso. Pero a su vez él encarna un sistema a menudo obsoleto, basado en la legitimación de la primacía del hombre. A través suyo hablan toda una sociedad y toda una tradición jurídica.

El reconocimiento de esta cadena de víctimas, insistimos, no quita responsabilidades a nadie por sus actos. Pero nos ayuda a comprender la manera en que se pone en práctica el poder en nuestras sociedades.

Consecuencias de la violencia de género

La violencia de género ejercida en la familia trae consecuencias, en primer lugar, para la víctima:

-Pérdida de confianza en el ser con el cual se comparte la vida privada.
-Inseguridad ante ese ser y ante otros.
-Daño emocional.
-Miedo que puede convertirse en crónico.
-Sentimientos de culpa.
-Daño físico.

-Tendencia al aislamiento.

-Posibles conductas agresivas hacia otros miembros de la familia.

-Desazón, depresión.

-Des-estima de sí misma.

Trae consecuencias para la familia:

-Por la ruptura de sus lazos más íntimos.

-Por la generalización del miedo a nuevos actos de violencia.

-Por la manera de cobijar a los niños.

-Por los desequilibrios emocionales que repercuten en todos.

-Por la destrucción de objetos.

-Por la generalización de explosiones de violencia que comprometen la paz y la convivencia.

-Por la ruptura definitiva de los lazos familiares.

Trae consecuencias para la sociedad en general:

-En situaciones extremas, pérdidas económicas por demandas a centros de salud, por ausencias en los lugares de trabajo.

-Por la posibilidad de no contar con un miembro sano, pleno de vida y de iniciativa.

-Por la posibilidad de la destrucción de los lazos familiares.

-Por las consecuencias generales para la familia.

-Por la complicidad con el agresor.

Trae consecuencias para el victimario:

-Porque se denigra a la ejecución de la violencia.

-Porque cuanto más intenta controlarlo todo, más pierde el control.

-Porque se ve obligado a exponer su fragilidad, a reconocer que el sostenimiento de su poder depende de la violencia directa.

-Porque cada acto de violencia lo expone en lo que más quisiera ocultar: la precariedad de su identidad.

-Porque a la larga (y pueden pasar años) se enfrenta con las consecuencias de su violencia, sea ante instituciones públicas o ante sus propios familiares que terminan por defenderse.

Como vemos, las consecuencias no se restringen a una mujer violentada y a un hombre violento. Cada situación de este tipo compromete distintos círculos que conducen a la sociedad en general.

Usos sociales de la mujer

Lo explicado con relación a la mujer nos permite reconocer que los usos se extienden también a ella:

Como fuerza de trabajo.
Como reproductora.
Como propiedad doméstica.
Como destino de descarga de las tensiones del hombre.
Como instrumento y objeto de consumo.
Como consumidora.
Como mercancía.

Durante siglos y siglos las sociedades se mantenido en gran medida por el trabajo de las mujeres, sobre todo en el hogar, pero también fuera de él. Pensemos en lo que ha significado el papel cumplido en relación con la naturaleza, en las etapas de siembra y cosecha, en lo que implica llevar adelante las tareas domésticas, la crianza de los hijos. Y

durante siglos ese trabajo no fue reconocido, como si se tratara de algo carente de valor, sobre todo si se lo comparaba con lo hecho por el hombre.

El papel de reproductora también constituye un uso social, cuando se lo considera como el único sentido de la vida de una mujer. Vale la pena aquí otro ejemplo:

> "El gobierno islámico de Irán dio un giro de 180 grados en su política demográfica y pasó de fomentar la familia numerosa como arma para derrotar a Occidente a recomendar la vasectomía y el uso de profilácticos para evitar los problemas económicos que acarrea la superpoblación.
>
> Durante los primeros años de la revolución islámica los ayatollahs bajaron la edad legal para casarse a 9 años y todo el mundo exhortaba a los iraníes a tener hijos, desde los predicadores de TV hasta los clérigos. De 35 millones de habitantes en 1979, cuando fue derrocado el sha de irán, se pasó a los actuales 60 millones de habitantes.
>
> "Por entonces, acabábamos de tener una revolución que enfrentaba amenazas de enemigos tanto internos como externos y queríamos aumentar la cantidad de gente que creía en la revolución",
>
> Clarín, 19 de setiembre de 1996

Esa percepción de la mujer como reproductora no termina de desaparecer e incluso viene ligada a menudo con elementos religiosos.

El concepto de "propiedad doméstica" suena muy duro, porque aparentemente estamos equiparando a la mujer con un objeto más de la casa. Pero cuando una persona es condenada a un esfuerzo cotidiano no reconocido, cuando se le pide un esfuerzo sin

recompensa e incluso gratificado con la violencia, cuando no hay tiempo ni espacio para el desarrollo del propio ser, podemos hablar de una suerte de propiedad doméstica, propiedad de quien ejerce el poder en ese ámbito.

La violencia familiar está presente en todas las capas sociales, de todos los niveles económicos y educativos. Y en cualquier situación social se producen tensiones, sea por el trabajo, por las incertidumbres contemporáneas, por la competencia cada vez más fuerte, por el desempleo... Hemos reconocido en el módulo anterior a los seres más vulnerables en la estructura familiar: los niños, los ancianos y las mujeres. Pero es sobre éstas que se practican con mayor frecuencia los abusos. La mujer, entonces, como destino de las descargas de las tensiones del hombre.

Y la mujer como instrumento y objeto de consumo, como consumidora y como mercancía. Este último uso es uno de los más terribles, si se piensa en la prostitución forzada, en la trata de mujeres que no ha desaparecido nunca del contexto internacional, en la desaparición de personas con esos destinos, en todos los mecanismos de reclutamiento de mujeres, sea a través de relaciones interpersonales o de Internet.

Necesitamos nombrar con una palabra a tanto ser sujeto al sufrimiento cotidiano: víctimas. Cuando a alguien se lo vulnera en sus más elementales derechos, se lo hace víctima de algún tipo de abuso. Victimar es pasar por encima de los derechos humanos.

Para practicar

Escuchemos a las mujeres

El título de esta práctica puede resultar equívoco, porque lo coloca a usted como si sólo los hombres hubieran seguido este texto y las propuestas que venimos haciendo. Sucede el “lo” bien puede ser un “la”. No hemos dirigido de ninguna manera nuestro material sólo a varones.

Por lo tanto, al decir “escuchemos a las mujeres”, en muchos casos tendrá que ver con hombres, pero también con mujeres que pueden escuchar a otras o bien tomarse a sí mismas como referencia para esta práctica.

Hemos tocado en este capítulo temas centrales para la comprensión de las relaciones sociales. Lo relativo al género y a los usos sociales tiene una enorme presencia en la actualidad, porque estamos lejos de resolver lo que todo ello plantea.

Le pedimos que haga un esfuerzo de reconocer esas formas de violencia en su propia vida, si lo considera necesario y si es usted mujer, o bien en ejemplos propios de la vida cotidiana de otras personas, ya sea por relaciones directas que usted tenga o bien tomadas de fuentes correspondientes a la cultura mediática, a la literatura o a testimonios.

Lo importante es detenerse en un fragmento de existencia para comprobar lo que sucede con la cotidianidad en el marco del ejercicio del poder dirigido a la mujer.

Esta práctica puede tocar regiones sensibles de las relaciones. Nuestro interés es colaborar en el esfuerzo de la toma de conciencia, de la comprensión de lo que viene sucediendo en las diarias interacciones en el seno de la familia y de la sociedad en general.

Propuestas para la comprensión y la convivencia

Como le anticipamos en más de una oportunidad, nuestro propósito en esta obra no ha sido dejar todo en el terreno de la desesperanza. Pero tampoco intentamos ocultar nada, nuestra realidad contemporánea no es precisamente la ideal para cultivar la vida y construir futuro. La violencia campea en todas las relaciones sociales y no podemos ser ingenuos al tratarla, porque su presencia y su daño constante vulneran a grandes mayoría de la población en nuestros países.

Volvamos al título del texto: *Todas las guerras*. Reflexionamos mucho antes de adoptarlo, porque se trata de una expresión dirigida a abarcar al conjunto de la sociedad, como si viviéramos en una lucha de todos contra todos. Sabemos que no es así y basta asomar a la vida de muchas familias para comprobarlo. Por más que la cultura de la violencia y de la muerte avancen, siempre la vida responderá con su capacidad de crear relaciones plenas de ternura y de amor. No decimos esto último por una cuestión de fe (aunque ésta tiene un enorme papel en nuestras existencias), sino por lo que podemos apreciar en cualquier ámbito de lo humano.

Pero la recuperación de lo más digno de nuestras existencias no puede llevarnos a olvidar lo más ruin de las mismas, lo más teñido de horror, lo más emponzoñado por formas de poder empecinadas en humillar y en reducir a los demás a simples instrumentos de apetitos insaciables.

Por eso el peso de nuestros argumentos se dirigió a la toma de conciencia de los alcances de la violencia en las relaciones macro, generales, de una sociedad, y en las micro, propias de la intimidad y de la vida cotidiana. Cuanta más comprensión logremos de tales alcances, cuando más comprendamos que el poder se dice y practica de muchas maneras, estaremos mejor preparados para revisar nuestras conductas personales y las ajenas, sean

éstas encarnadas por personas concretas o por personales incluidos en la programación de la cultura mediática.

Lo peor que puede suceder frente a la violencia es el acostumbramiento. Cuando ello sucede, la tendencia a tolerarlo todo como si fuera natural causa estragos. La tolerancia tiene sentido cuando se la practica hacia el respeto a lo diferente, en el sentido profundo de lo cultural. Pero si se la extiende a todos los excesos sociales, si se termina por aceptar como normales la miseria, la violencia de género, la agresión, el festín de muertes y de agresiones en la cultura mediática…, entre otras posibilidades, la tolerancia así entendida nos muestra una faceta de indignidad en una sociedad indigna. De alguna manera se es cómplice de la violencia y de los ejercicios arbitrarios del poder cuando se los considera cosa de otros, como si los otros no fueran parte de nuestra vida.

Hay una expresión terrible proferida a comienzos de los 80 por la entonces primera ministra de Inglaterra, Margareth Thatcher: "la sociedad no existe". La frase puede llamarnos a confusión, ¿acaso no existe la sociedad inglesa? Pero su sentido es terrible: se trata de reducir todo esfuerzo de planificación y de apoyo a cero, para dejar actuar a los individuos como guerreros del mercado en el intento de sobrevivir sin preocuparse por los demás. Esto abrió el camino, por ejemplo, a los 50.000 muertos calculados para este invierno de 2004, porque según esa perspectiva nadie tiene que ayudarlos.

Como cierre de nuestro texto nos detendremos en algunas propuestas para la comprensión y la convivencia, dentro del duro panorama que hemos planteado.

La toma de conciencia y la comprensión

Hemos dicho que el "enterarse de" no lleva necesariamente a cambiar conductas. Alguien puede conocer el bien, pero no por eso dejará de practicar el mal. La información sobre determinada problemática no es, no ha sido, nunca suficiente.

Pero es muy difícil, sino imposible, actuar sobre lo que se desconoce. Si algo hemos comprobado en todos estos años de trabajo en torno a la violencia social, es que la misma no es conocida, en sus alcances y consecuencias, por buena parte de la población.

Se podrá argumentar de inmediato que esto no es así, que la gente sabe muy bien lo que significa, por ejemplo, una guerra, no sólo por haberla vivido en carne propia, sino también por lo que a diario llega a través de los medios de comunicación. Sin embargo, esa información no asegura para nada la comprensión de lo que incluimos en nuestra expresión *todas las guerras*. Puede aparecer la violencia como evidente en un campo de batalla y faltar la capacidad de reconocerla, comprenderla y tratar de evitarla en la propia vida cotidiana.

Nuestra propuesta apunta a toma de conciencia en la totalidad de las acciones humanas, sean éstas propias de grandes movimientos, como las guerras abiertas o la condena a la miseria a millones de seres, o bien las correspondiente a la vida institucional y, sobre todo, a la vida familiar.

Necesitamos todavía otra precisión: la información no es sinónimo de compresión. Es, sin duda, condición de posibilidad de esta última, no puedo comprender lo que no conozco, pero hay siempre algo más, tal como lo indicamos cuando citamos a Edgar Morin. Retomemos sus palabras:

> "Comprender incluye necesariamente un proceso de empatía, de identificación y de proyección. Siempre intersubjetiva, la comprensión necesita apertura, simpatía, generosidad."

Mediante a la comprensión nos asomamos al otro, a la otra, y también a nosotros mismos. La cuestión no es sólo reconocer intelectualmente la presencia de la violencia, lo

fundamental es comprenderla, es decir, sentirla como un dolor y un sufrimiento que golpea a quienes son objeto de ella. Es muy difícil intentar cambiar lo que no se siente.

La escucha de las razones y sentires ajenos

Me he preguntado muchísimas veces qué sucede cuando vemos pasar a gente en automóvil, junto a una calle de mucho tránsito. Apenas si alcanzamos a entrever cuerpos, no alcanzamos a cruzar una mirada, son siluetas que van y vienen sin tregua. Imposible comunicarse con ellas, imposible detenerse a dialogar, a escuchar.

En la vida diaria puede sucedernos lo mismo, pero esta vez con seres que nos rodean. Cuando la comunicación se va estrechando, cuando casi desaparecen los encuentros y las interacciones, corremos el riesgo de desplazarnos entre los demás como si fueran sólo cuerpos y siluetas.

Y lo peor sobreviene cuando se toman decisiones en torno a estos últimos. Me he preguntado qué hay en la sensibilidad de alguien que firma un decreto o promueve leyes que dejarán a miles de miles de seres sin trabajo, por el cierre de fábricas y de otras fuentes de producción. Sin duda quien decide así no ve a personas, sólo cifras, sólo lejanos cuerpos, sólo siluetas con las cuales no tiene nada que ver.

La condición necesaria para reorientar la conducta individual y social en dirección a una disminución de la violencia, pasa por la escucha y el diálogo, por el esfuerzo de acercarse a esas lejanas siluetas y comunicarse con ellas para encontrar en ellas a los seres humanos en toda su maravilla fragilidad y complejidad.

Necesitamos ampliar el concepto de escucha. No se trata sólo de oír, sino de recibir al otro con todo nuestro ser, de comprender a través de lo que el otro expresa. La escucha no es una cuestión puramente intelectual. Es una práctica de apertura y recepción entre seres

que se consideran iguales en su dignidad y diferentes en sus vivencias y miradas. Sólo así hay caminos hacia el diálogo.

Repensar y transformar el ejercicio del poder

Hemos hablado desde el principio de este libro, y a lo largo de todo su desarrollo, del ejercicio del poder. Aún cuando no se tenga clara conciencia del mismo, es posible llevar a los demás a situaciones de humillación y de sufrimiento.

La violencia no anda por la vida como una entidad en sí, como si existiera independientemente de los seres que la desencadenan y la sostienen. Por el contrario, está siempre encarnada en determinados grupos e individuos. El poder es algo omnipresente en todas las sociedades, a escala de las grandes decisiones y de las relaciones cotidianas.

Es imposible avanzar hacia la comprensión del otro como un ser tan rico y precario como el mío, si no me detengo a reflexionar sobre los alcances de la práctica del poder en las estructuras más generales de un país y en la cotidianidad, **en mi cotidianidad**. La violencia no es cosa de otros, es de todos y nos corresponde considerarla en toda su extensión en lo que hacemos y decidimos a diario.

Por eso la invitación a compartir y participar en este ejercicio de esclarecimiento de los alcances de la violencia. Estamos ante una problemática tan generalizada, tan profunda, tan terrible, que difícilmente podremos analizarla y transformarla solos o solas. El camino en estos casos se hace con los otros, el andar familiar, grupal, son claves para romper los círculos de las agresiones y las humillaciones.

Cuando el ejercicio de la violencia ha sido internalizado como una forma de ser y de vida, es muy difícil sobrenadarlo para transformarlo en una relación diferente, de respeto y

tolerancia. Como no se trata sólo de conocer los alcances de la agresión, sino de comprender y sentir a los otros y a las otras, a menudo abandonar el poder de someter a alguien es casi como cambiar de piel. Estamos ante procesos largos, nadie se transformar en lo profundo de un día para otro.

Y también procesos largos en el caso de las instituciones y de grupos encaramados en el poder. Los tiempos de las sociedades son siempre largos; costó siglos llegar a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y costará no sabemos cuánto que se los aplique en todos sus alcances a escala planetaria. Pero ningún tiempo extendido en demasía hacia el futuro será suficiente para frenar esta búsqueda de alternativas a la violencia generalizada en las grandes estructuras sociales y en la vida cotidiana. Si algo hemos podido reconocer en la última parte del siglo XX y en lo que va del XXI, es la apertura de innumerables frentes contrarios a la práctica impune de la violencia. No estamos solos en esta búsqueda y en esta construcción.

Hacia relaciones libres y solidarias

Toda forma de violencia es un intento de someter a alguien a los deseos y los designios de otro. Por lo tanto, lo contrario de la violencia es la libertad, la posibilidad de mirar de frente a los demás, a los ojos, de igual a igual, sin sentir el peso del poder y del sojuzgamiento.

La máxima aspiración de cualquier ser humano es la libertad para construirse a través del desarrollo de todas sus potencialidades: intelectuales, espirituales, físicas, amorosas, artísticas… Las agresiones dirigidas al cuerpo y a la psique conspiran siempre contra esas potencialidades. Y lo hacen marcando profundo, a menudo para siempre. En la Argentina tuvimos un gran escritor, Adolfo Bioy y Casares, que falleció a los 84 años, en 1999. Poco antes de su muerte, fue entrevistado y contó una experiencia de sus primeros años de estudiante: no había podido resolver un sencillo problema matemático y el profesor lo

obligó a colocarse un bonete con orejas de burro e incitó a un grupo de compañeros a que lo pasearan en andas por la escuela para que fuera objeto de burlas. Mientras narraba ese lejano suceso, se le llenaron los ojos de lágrimas. La herida había quedado abierta a lo largo de décadas.

Imaginemos ahora lo que puede suceder con otras heridas, con otras formas todavía más duras de humillación.

Por eso la máxima aspiración de una sociedad, de una institución y de una familia, lo más ético que se puede plantear (entendida la ética como la conciencia moral, como la capacidad de reconocer al otro y de respetarlo) es la superación de formas de violencia y de sometimiento por relaciones libres y solidarias. Nada de esto se logra de un día para otro, lo señalamos hace unos instantes. Sociedades, instituciones y familias están insertas, lo sepan o no quienes las conforman, en relaciones de poder a menudo consideradas como normales, como tan naturales como las estrellas en el cielo.

Hacia la recuperación de la cultura familiar

¿Por dónde empezar en este largo camino que nos queda para avanzar hacia la libertad y las relaciones solidarias? Por lo más cercano. Por lo que sucede en nuestros hogares. Por la familia, entonces, institución que pervive a pesar de todas las variantes contemporáneas y a pesar de todo lo que hemos apuntado a lo largo de este documento.

Hemos aludido ya a la necesidad de crear cultura familiar. Volvamos a ese punto. Si algo ha sucedido en estos años ha sido la pérdida del tiempo para compartir con los seres queridos. No nos dan las horas para sobrevivir, para asegurar el diario sustento, para resolver los crecientes problemas que plantea a cada uno de sus integrantes la sociedad contemporánea.

Y la creación de cultura familiar consiste en la relación que logran establecer a diario sus integrantes, es decir, en el tiempo dedicado a estar juntos, a dialogar, a jugar, a reflexionar, a sentir a los demás, a bromear, a compartir sueños y experiencias. Sin ese tiempo, no hay cultura posible.

Pero siempre hay cultura, no existe ser humano sin ella. ¿Qué sucede ante esos vacíos? Vienen a llenarlos otras propuestas, como las de la cultura mediática. El niño y la niña abandonados la mayor parte del día, tienen la posibilidad de ocupar esos tiempos sin sus seres queridos a través de la televisión, o bien de una calle para la cual no se están preparados.

Así, el naufragio de la cultura familiar puede ser casi total, porque quedan de ella apenas jirones, apenas maderos flotando en el océano, mientras lo fundamental de cada uno de sus integrantes, se va formando en otra parte, y no en las relaciones que requieren todo el tiempo necesario.

¿Tarea casi imposible la que proponemos? Reconocemos sus dificultades a la luz de lo que ocurre en nuestros días. Pero insistimos en que sin esa recomposición de la cultura familiar, sin ese fortalecimiento de los hilos que la sostienen, será muy difícil remontar los huracanes de violencia que conmueven nuestras vidas.

Nunca es tarde, pero cada día, cada mes, cada año que pasan sin dedicar las horas necesarias a la creación de la cultura, constituyen pérdidas inmensas, porque lo que se va es el tiempo más humano, el de relación con los demás. Cuando se toma conciencia de tanta pérdida, cuando se comprende todo lo dejado en el camino, se vive un estremecimiento en lo profundo por lo difícil que resulta recuperar tanto abandono.

Pero, insistimos, nunca es tarde. Este libro ha constituido desde un comienzo una invitación a confrontarse con las formas de la violencia para comprenderlas y evitarlas.

También es una invitación a construir cultura familiar, cultura humana, a través del tiempo más hermoso de la vida: el de compartir con los seres queridos.

8. Anexo

Para aportar a la reflexión desde otros ángulos de mira, incluyo a continuación el texto de una conferencia que pronuncie en un encuentro sobre Cultura de Paz, organizado por la UNESCO y la Universidad del Azuay, Cuenca, 1996.

COMUNICACION SOCIAL
Y
CONSTRUCCIÓN DE LA TOLERANCIA

Daniel Prieto Castillo

La violencia acompaña la historia toda de la humanidad. Cristalizada en el uso de la fuerza, sea para exterminar al otro, sea para sojuzgarlo, aparece como una constante en las relaciones entre países, grupos y seres en sus interacciones cotidianas.

Me detendré en algunos momentos climax de la violencia para reflexionar sobre sus alcances hasta el presente.

> "Mientras se están gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en ese preciso momento los españoles toman la determinación de matar a la gente. Vienen a cerrar las salidas, los pasos las entradas (...) ya nadie pudo salir. (...) Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra, dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza,

> enteramente echa trizas quedó su cabeza. Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse a salvo, no hallaban a donde dirigirse. (...) La sangre de los guerreros, cual si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse" (Visión de los vencidos, pp. 81-83).

Se trata del relato de la noche cuando los españoles, al mando de Alvarado, lugarteniente de Cortés que luego conquistaría Guatemala, masacra a los indígenas que celebraban en paz la fiesta de Huitzilopochtli. Ese día nace en realidad la violencia desbordada que no interrumpirá por siglos. Era hasta natural que así sucediese. Cuando Cortés vio el arte mexicano lo caracterizó como encarnación del demonio. Alvarado justificó su masacre en la necesidad de reprimir esos cultos demoníacos. Nuestra América nace signada por el desconocimiento del otro, por la incapacidad de comprenderlo y de tolerar sus manifestaciones culturales.

Digno hijos de su tiempo, aquellos españoles habían sido forjados en la ideología de la España del siglo XV, en la cual estaba más que presente la Inquisición. Nadie teorizaba entonces sobre la tolerancia, y mucho menos esos hombres que no venían precisamente de las élites más o menos ilustradas de la península. El concepto del otro no existía y Sepulveda podrá discutir, algunos años más tarde, sobre si los indígenas tenían o no alma.

Dejo abierta esta primera línea de la violencia, la que conlleva el desconocimiento radical del otro, para centrarme en otra: la de la fiesta punitiva, como la llama Michel Foucault en su obra *Vigilar y castigar*.

> "Damiens fue condenado el 2 de marzo de 1757 a 'pública retractación ante la puerta principal de la Iglesia de París', adonde debía ser llevado y conducido en una carreta, desnudo (y luego) a la plaza de Greve y sobre un cadalso que allí habrá sido levantado (deberán serle) atenaceadas las tetillas, brazos, muslos y pantorrillas y su mano derecha (...) quemada con azufre, y sobre las partes atenaceadas se le verterá plomo derretido, aceite hirviendo, pez resina ardiente, cera y azufre fundidos juntamente, y a continuación su cuerpo estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco consumidos en el fuego, reducidos a cenizas, y sus cenizas arrojadas al viento" (p. 11).

No quiero someterlos a la descripción que recoge Foucault sobre el horror de esa condena, sólo me detengo en lo que llama la atención de ese pensador contemporáneo: el carácter público del suplicio, la fiesta punitiva. Semejante pena era ante la gente, y el espectáculo de esa muerte duró varias horas.

Hacia fines del siglo XVIII el castigo "tenderá a convertirse en la parte más oculta del proceso penal". La violencia, al menos *ésa*, pasa a los fondos de las cárceles, a los cuales no tiene acceso ya la multitud. No puedo, ni pretendo, generalizar: algunos grupos de la población se quedan sin el espectáculo de la violencia más descarnada. El condenado, ese *otro*, deja de ser objeto de la mirada de quienes sólo verán en él el suplicio. Se argumentaba entonces, viejo y presente argumento, que de esa manera uno no se atrevía a seguir los caminos del delito.

Por supuesto que la violencia nunca desapareció de la escena social, pero de esa manera estuvo oculta varias décadas hasta que comenzó a traerla otra vez la fotografía para llegar a su apoteosis en la pantalla. *El placer por el espectáculo de la violencia* encontró su alimento en la oferta de la fotografía, del cine y de la televisión.

No daré ejemplos ni cifras. Recuerdo sólo que en algunos estados de la Unión Americana se libra una batalla para obtener la autorización de televisar en directo las ejecuciones de los condenados a muerte.

Y la violencia no sólo en los despliegues informativos, sino también en la ficción. Hace unos años escribí lo siguiente:

> Mazinger, el robot, tiene un compañera mecánica llamada Afrodita. Es alta como una torre y tan violenta como él. Cuando quien la maneja ataca al grito de *"¡Cohetes atómicos!"*, los pechos de Afrodita se agitan y salen disparados, convertidos en bombas; en su lugar quedan dos huecos humeantes. He aquí una muestra de hasta dónde las ideologías de la violencia y de la muerte se apropian de los símbolos más antiguos y hermosos de la vida para volcarlos al espectáculo de la muerte.

Retomo los tres ejemplos: la fiesta de los indígenas y la masacre en manos de los españoles, el espectáculo del suplicio en una plaza de París, la vuelta del show de la violencia a través de los medios de comunicación y la ruptura de los viejos símbolos para sumarlos a esta lógica de la destrucción y de la exhibición de la muerte.

¿Son ellos suficientes como para caracterizar períodos históricos o para permitirnos un juicio a los medios de comunicación? No pretendo ir tan lejos, pero al menos quiero señalar lo que significa ir hacia el otro para aniquilarlo porque no es un otro como yo, para gozar de su tormento, para ofrecerle el espectáculo de la violencia y para hacerle vivir como normales las más terribles transgresiones a los símbolos de la vida y del amor.

Formas de violencia

Y, sin embargo, he recurrido sólo a las expresiones más directas de la violencia, más en carne viva. Pero hay muchas otras, vividas en las relaciones sociales y difundidas a menudo por los medios de comunicación.

Reconozco las siguientes formas de violencia:

-por exclusión
-por silencio
-por difusión de modelos de vida
-por trivialización
-por reducción al espectáculo
-por generalización

La violencia por exclusión ha tenido siglos y siglos de historia y no termina de desaparecer. Utilizo *exclusión* en el sentido del ostracismo, del aislamiento, de la falta de espacios para hacer valer los propios derechos, de la condena al gheto, a los espacios de la propia comunidad sin derecho al intercambio y a la participación social.

Pienso en los niños de la calle, de la pobreza, del hambre; pienso en comunidades indígenas, en los ancianos que al final de la vida se van quedando sin sostenes, en las mujeres a las cuales les toca seguir peleando por su lugar en la sociedad, en el odio a los extranjeros, por mencionar sólo algunos de los sectores excluidos.

En comunicación la exclusión significa la escasa presencia o la ausencia lisa y llana. Hicimos en 1988 una encuesta a todas las radios de Centroamérica, más de tres mil. Y encontramos que los programas con menos presencia eran los dedicados a las mujeres, los niños y los sectores rurales.

Una de las formas extremas de la exclusión es el silencio que hemos caracterizado en dos líneas:

el callar
el acallar

La primera lleva a no mencionar a quienes podrían ser objeto de atención social, como si no existieran ni tuvieran lugar para la existencia.

El acallar es más duro. Resuena en algunas relaciones de la familia, cuando se impone una voz y se sume a las otras en el silencio. Pero también en muchas instituciones, como la escuela cuando se la organiza para frenar la espontaneidad y la participación de niños y jóvenes.

El acallar en los medios nace de una manera diferenciada de dar la palabra a los grupos, unos ocupan buena parte de la escena y otros no tienen presencia alguna.

Toda sociedad difunde modelos de vida. Imposible no hacerlo, en ello se juega su supervivencia. Bien, en eso estamos de acuerdo, pero toca analizar qué modelos son los privilegiados y cuáles dejados de lado. Es preciso asumir la responsabilidad por los modelos que se difunden, sea desde la familia, la escuela o los medios de comunicación.

Reconocemos, a modo de ejemplo, la difusión de modelos guerreristas en no pocas coyunturas de diferentes países, Y también la difusión de modelos machistas, a través de los cuales son acentuadas desigualdades sociales.

Los medios de comunicación son constantes difusores de modelos, entre otros del exitismo, de superficialidad de las relaciones, de capacidad de progreso a través de soluciones mágicas, de competencias despiadadas, de desconfianza mutuas, de resolución

de problemas por eliminación del contrario o por astucia, de formas de seducción ligadas a la belleza.

Los modelos tienen que ver con invitaciones a verse de determinada manera. En mi país, la Argentina, se está convirtiendo en una verdadera plaga la anorexia, una enfermedad que consiste en una mirada distorsionada del propio cuerpo. No afirmamos que sean culpables los medios, la familia tiene mucho que ver en esto, pero las famosas Barbies, con las que han jugado varias generaciones, si se las llevara a formas humanas medirían 1.90 metro y pesarían 55 kilos. En Estados Unidos la industria del adelgazamiento supera al año los treinta mil millones de dólares, Tendremos por un tiempo todavía las modelos altas y de poco peso.

Entiendo *trivialización* en el sentido de reducir todo a superficies, como si los seres humanos no tuvieran también alternativas para preguntarse por su propia condición, para ahondar en su situación social y en su destino. La vida cotidiana es el espacio de lo trivial, cuando todo se diluye en el comentario de la vida ajena, cuando se ponen en juego relaciones que consisten en la distancia y la indiferencia. Nos merecemos, como seres humanos con tantas posibilidades, algo más que lo trivial como manera de ver al otro y de vernos a nosotros mismos.

En los medios la trivialización ocupa un espacio muy grande. Pienso en las propuestas de vida y de conducta de mundo de la farándula, que se dedica a repetirse a sí mismo y a tomar la existencia como un juego y un pasatiempo. Pienso en los programas montados sobre la burla directa a seres desprevenidos, pienso en las competencias para ganarse unos miserables productos, en, precisamente, la trivialización de la competencia, reducida a golpes de suerte y a exhibición de pobres cualidades.

No pretendo descalificar el derecho al entretenimiento. Don Simón Rodríguez decía que la vida demasiado dura como para no tener la necesidad de salirse de uno mismo y de

distraerse. Estamos de acuerdo, pero la trivialización sin límites se convierte en una forma de violencia, porque no permite acceder a lecturas más profundas de la propia realidad.

Hemos aludido ya a la violencia por reducción al espectáculo. Existe en los seres humanos un mecanismo de reducción de la violencia al relato y al *enfriamiento* de la misma por distancia. Me explico: frente a un acto violento se generan versiones sobre versiones y pronto el impacto de su presencia se convierte en narraciones de hechos que no se ha enfrentado directamente. La distancia permite espectacularizar la violencia en el juego de relatos en la vida cotidiana.

En esta dirección nos alerta Daniel Hermant cuando nos habla de la violencia disociada del contexto que termina por convertirse en algo lúdico. No le preocupa tanto que la mediatización exagere la violencia, sino que deforma su sentido, la desconecta de sus facetas políticas o sociales y la sitúa al margen de la realidad. La tarea de quien se dedica a trabajar con la información es reintegrar la violencia a su contexto para explicarla.

Nos preocupa sobremanera el mecanismo de la *generalización* que situamos a la base de muchos actos de violencia. Se trata de hacer extensivo a todo un universo de seres o de situaciones unas pocas notas que corresponden a algunos representantes de ese universo o incluso a ninguno. Retomemos una terrible generalización de nuestro siglo: la raza aria como superior. Enzensberger, pensador alemán contemporáneo que ha reflexionado mucho sobre el racismo y los excesos del nacionalismo, declara luego de analizar la composición de Alemania (caracterizada por irrupciones de millones de seres a través de sus fronteras a lo largo de años) "el ario no ha pasado de ser nunca una ridícula construcción intelectual".

Sin embargo, esa generalización en manos de quienes controlaron la ideología desde los años 30 en ese país llevó al intento de construir esa raza sobre la base de los *puros* y mediante el secuestro de niños de los países que iban subyugando por la fuerza a fin de

educarlos en familias alemanas. La generalización causó estragos, sobre todo si no olvidamos que tuvo su contrapartida en comunidades como las de los judíos y los gitanos, que fueron asesinados por millones.

Este tipo de generalizaciones están a la base de los nacionalismos y de los intentos de descalificar al otro por su lugar de nacimiento o por determinados rasgos étnicos.

Los medios de comunicación son agentes constantes de generalizaciones. Afirmamos estos con todo el cuidado del mundo, porque no nos interesa ponerlos en el mismo plano de la barbarie del fascismo, pero no podemos dejar de reconocer la presencia de aquéllas a través de tipos humanos, de conductas como reacción a determinadas situaciones, de maneras de relacionarse y de resolver los problemas cotidianos.

Esto se exacerba cuando hay conflictos bélicos: los medios terminan casi siempre por alinearse en una sola voz y ella es la de la prédica en contra del enemigo común, como si país con el que se da el enfrentamiento fuera un espacio para lo monstruoso y para los monstruos. Millones de seres se convierten en lo extraño como un absoluto, allí ya no hay un otro sino sujetos capaces de dañar la vida y la base de la nación, frente a los que sólo queda la razón (o la sinrazón, en realidad) del exterminio.

Se podrá argumentar que estamos ante mecanismos defensivos y hace falta llevar consignas a la población para la defensa. Pero esos mecanismos son sólo reactivos y nos toca pensar en nuestro papel, como comunicadores, para avanzar en una cultura de paz y de tolerancia.

Las formas de violencia a las cuales aludimos no se dan porque las siembren los medios de comunicación, existen siempre en cualquier comunidad humana y nos toca aclararlas en sí mismas y reconocerlas en nuestra labor de comunicadores, sea como empresas o como

personas. La cuestión pasa por el fortalecimiento de esas maneras de enfrentar la relación humana a través de la prédica constante a través de los medios.

Retomo aquí la carta que Freud escribió a Einstein, poco tiempo antes de la Segunda Gran Guerra, cuando el físico le preguntaba por los motivos profundos de la violencia. Luego de reconocer que las tendencias destructivas son parte de la condición humana y que no se las puede suprimir, el padre del psicoanálisis señalaba:

> "Todo lo que trabaja en favor del desarrollo de la cultura trabaja también en contra de la guerra. (...) Las concepciones psíquicas hacia las cuales nos arrastra la evolución de la cultura son incompatibles con la guerra".

Para combatir las tendencias destructoras del hombre es necesario apelar a engendrar lazos sentimentales, relaciones de amor (al prójimo como a ti mismo) y de identificación con los otros.

La presencia de la paz

Así como las tendencias a la destructividad son una constante en cualquier sociedad, la presencia de la tolerancia y de la paz también forman parte consustancial de la condición humana. Si el hombre hubiera sido desde sus orígenes solo violencia, no habríamos llegado hasta el presente. No podemos adherir a la frase de Nietzsche "vergüenza, vergüenza, vergüenza, ésa es la historia del hombre".

Junto a las formas de violencia analizadas, junto a las consignas belicistas, junto a las caricaturas de seres humanos como Rambo (en algunos cuarteles eran pasadas las películas de ese personaje para levantar los ánimos de los soldados y me ha tocado ver a muchachos en las carreteras con un fusil al hombro y con el pañuelo atado a la manera del *héroe*), la gente, nosotros, entreteje también la ternura, acuna a los niños, tiende la mano

al caído, crea lazos solidarios, ama, en suma, ama por encima de todas las ideologías de la violencia y la muerte.

No hay ninguna sociedad de puro odio, de pura intolerancia, porque la supervivencia y la relación florecen desde la tolerancia y el amor.

Las sociedades son posibles porque en ellas se convive, es decir, se entrelazan vidas. Si todo consistiera en violencia y en agresión no podríamos avanzar ni siquiera más allá de la primera infancia.

Esbocemos una explicación: el ser humano es uno de los más precarios de todos los vivientes. Su proceso de convertirse en un adulto independiente le lleva años, tanto desde la gestación como de lo que significa completar el desarrollo intelectual. Esa precariedad (esa vulnerabilidad) lo han llevado a sostenerse en los otros para lograr la humanización. Porque no nacemos ya humanos para siempre, nos vamos reafirmando en esa condición gracias a las interacciones con los demás.

La supervivencia de la especie se ha edificado sobre la base de la tolerancia, del reconocimiento de la vida ajena, y ello ha significado siempre ofrecer oportunidades de existencia a los recién llegados.

Los ejemplos sobran: lo mejor de una sociedad se manifiesta en el compromiso por la infancia. Una sociedad es más digna cuando mejores son las condiciones de desarrollo de sus niños.

Lo mejor de una sociedad se manifiesta en la reducción al máximo de la pobreza. Una sociedad es más digna cuando mejores son las condiciones de desarrollo de su población.

Lo mejor de una sociedad se manifiesta en las oportunidades de salud, empleo y acceso a la cultura para todos sus habitantes. Una sociedad es más digna cuando más ricas son esas oportunidades para toda su gente.

Lo mejor de una sociedad se manifiesta en la promoción de la convivencia de sus diferentes grupos étnicos y culturas. Una sociedad es más digna cuando mayor es su diversidad y mayor el respecto por la misma.

En síntesis: una sociedad es más digna cuando construye civilización y esto significa, como afirmaba Popper con insistencia antes de morir, *disminuir la violencia*.

Por eso afirmaba Voltaire que sólo la tolerancia puede hacer soportable la sociedad.

Pero las relaciones de tolerancia, que existen siempre, no están todo lo extendidas y cimentadas como quisiéramos. Su extensión a todas las relaciones humanas es una aspiración y no un hecho ya logrado.

Y así como reconocemos en cualquier agrupamiento humano tales relaciones, como existen las de violencia y las tendencias a la muerte, así también identificamos en los medios de comunicación propuestas que buscan construir civilización.

Pienso en las redes de información que se vienen extendiendo a través del cable, en los intercambios de expresiones culturales posibilitados por iniciativas como la Asociación Iberoamericana de Televisión Educativa, en la presencia de prensa en algunos países como garantía de justicia, mediante investigaciones y tomas de posición que han llevado incluso a frenar excesos del poder político, en la apuesta a la divulgación de distintos puntos de vista sobre un mismo suceso, lo que permite lecturas diferenciadas y la ruptura de un sólo ángulo de mira sobre la realidad, en el rescate de manifestaciones de grupos étnicos para

ponerlas al alcance de la comunidad toda, en la presencia sostenida de otras voces y de otros rostros.

La gran tarea de los medios de comunicación viene pasando por esas prácticas, aún cuando no estén todo lo extendidas como quisiéramos, aún cuando haya que insistir una y otra vez en ellas.

Digámoslo de una vez:

> así como en cualquier agrupamiento social está lo mejor y lo peor del hombre, así también en los medios de comunicación (síntesis de la expresión de nuestra época) está también lo mejor y lo peor de nuestra condición humana.
>
> En esas manifestaciones son endiosadas la guerra y la violencia, son ofrecidas soluciones a conflictos que significan la eliminación del adversario, son exaltadas maneras de resolver problemas que rayan en el delirio (como cuando un héroe destroza a alguien luego de haberlo forzado a confesar), son presentadas como normales conductas contrarias a la convivencia y la cooperación.
>
> Y a la vez los medios nos muestran vidas en las cuales se toma en cuenta al otro, se lo hace objeto de amor y se lo ayuda a crecer; nos muestran rostros y expresiones culturales, nos ayudan a exigir justicia y a respetar las diferencias.

Nos movemos los comunicadores, ¿a qué negarlo?, en el terreno de la ambivalencia, en un mismo día de programación o en una misma publicación andamos a menudo oscilando entre la promoción de la violencia y la defensa de la vida.

Construir la tolerancia

Detengámonos un poco más en el concepto. La tolerancia nace como elemento de reflexión a la hora de poner frenos a los excesos del fanatismo religioso, en tiempos de las guerras entre católicos y protestantes, y sobre todo para hacer frente a la Inquisición.

Con ese impulso inicial pasa a constituirse en la base de la libertad política, con el reconocimiento de los derechos inalienables del individuo y del ciudadano. Se pasa de la eliminación o el sojuzgamiento del "contrario" a la búsqueda del respeto mutuo, la voluntad de diálogo y de disenso. Esto lo expresa de una manera preciosa Isidro Cisneros:

> "La libertad del otro constituye la principal condición de la propia libertad".

Por lo tanto, los enemigos de la tolerancia serán siempre los dogmas, las verdades absolutas, los fanatismos y la violencia.

La tarea de construir la tolerancia es infinita, porque con cada hombre hay que recomenzarla. En ese sentido señala Edgar Morin:

> "Estamos comprometidos a escala planetaria con la obra esencial de la vida, que es resistir a la muerte. Civilizar y solidarizar la Tierra, transformar al género humano en humanidad, es el objetivo fundamental".

Decimos "con cada hombre hay que recomenzarla", porque las asechanzas de la intolerancia y de la violencia están siempre presentes. Y no sólo ellas, porque los vientos de fin de siglo nos han traído, una vez más como en tantas otras coyunturas históricas, la propuesta de una tolerancia como la aceptación de todo, como una suerte de fatiga ante una realidad considerada como incambiable, o bien la actitud cínica de señalar que todo vale. El relativismo moral lleva a desentenderse del destino de la sociedad en general y de cada ser en particular.

No hay manera de escaparnos a la construcción de la tolerancia, en tanto nos hemos elegido como hombres empecinados en trabajar con otros hombres. Es esa la condición de los educadores, de los políticos y, sin lugar a dudas, de los comunicadores sociales, como individuos o como empresas. Nuestra labor es pública, volcada a los otros.

Y nuestra labor no puede ser la de quien viene a apagar un incendio cuando las llamas ya cubren hasta el cielo mismo. Retomo para explicar esto palabras del director de la UNESCO, Federico Mayor:

> "Las operaciones de mantenimiento de la paz exigen (por ejemplo) una inversión de 1500 millones de dólares. Pero fallan las acciones preventivas. Sucede que las acciones preventivas no traen consigo gloria ni reconocimiento para quienes las ejecutan. (...) Cuando el conflicto no estalla nadie viene a felicitarlo a uno por haberlo impedido. (...) No hemos aprendido a invertir en lo intangible".

Es que lo intangible no es fácilmente espectacularizable, no se lo puede llevar a la pantalla como las acciones de un teatro de guerra o de un accidente.

Las propuestas

Bien, ¿qué podemos aportar los comunicadores sociales, los estudiosos de la comunicación, los educadores a este precioso proyecto humano de construir civilización por reducción de la violencia?

Las siguientes sugerencias se enmarcan en el contexto latinoamericano y pretenden recoger experiencias ya en marcha y a la vez insistir en alternativas posibles.

Conocer la cultura de la violencia
y la cultura de la paz

Ambas tienen toda la complejidad del mundo y no se las puede analizar fuera de contexto. Recuerdo acá la novela de Alejo Carpentier *El reino de este mundo*, en la que el autor sitúa la cultura de la violencia y de la paz, en un aquí y en un ahora, con su dolorosa o su hermosa historia. Necesitamos apropiarnos de sus bases ideológica, de sus fundamentos éticos, de sus recursos, de sus maneras de manifestarse en cualquier sociedad.
Para avanzar en este punto es siempre valioso el sistema de seminarios permanentes de reflexión, en los que puede confluir gente de los medios, de las universidades y de la sociedad en general. Se trata de grupos acotados, unas veinte personas, que se dediquen a estudiar a fondo, con la participación de todos, ambas culturas para hablar de ellas con fundamento y en la búsqueda de alternativas.

Y, ligado a ello, las asociaciones en las cuales se integren comunicadores, educadores, investigadores de la cultura.

Las experiencias

Es duro reconocerlo, pero en estos tiempos de globalizaciones y de necesarias integraciones, sabemos muy poco de lo que se hace en nuestras fronteras. Planteamos la necesidad de relevar en cada país las experiencias, las instituciones y los mensajes (programas, secciones de medios impresos...) que impulsan la convivencia, la tolerancia y la paz.

Cuando uno comienza esta búsqueda descubre que no esta tan solo y que, sobre todo, que cuenta con referentes para alimentar la tarea comunicacional.

Repertorios

Apuntar a la concreción de repertorios de materiales impresos y audiovisuales sobre nuestros temas. Aspiramos, en este sentido, a la creación de bibliotecas para la paz y la tolerancia, de espacios donde pueda uno consultar materiales y a la vez encontrarse con quienes persiguen idénticos ideales.

En esto tienen que aportar los establecimientos educativos y los medios de comunicación. Muchos de estos últimos cuentan con espacios de lectura y de archivos que podrían ser destinados también a la cultura de la paz.

Memoria de la paz

Si uno recorre los libros de texto y buena parte de la oferta de los medios de comunicación, se encuentra que lo más común es armar una memoria de la guerra y de la violencia. Es como señala Federico Mayor: la paz aparece como intangible y que nadie debe historiar.

La memoria de la paz consiste en rescatar periodos de convivencia, experiencias felices en que los seres humanos han hecho mucho más que odiarse y destruirse. Podríamos impulsar estudios desde las universidades sobre dicha memoria que está por escribirse en todos nuestros países.

Difusión de modelos

El Diario Clarín de la Argentina, sacó hace dos meses un aviso con dos rostros: el de Valeria Mazza y el de la Madre Teresa de Calcuta. Al pie del primero decía: la modelo; al pie del segundo, el modelo.

La modelo (y los de sexo masculino) han ganado la escena social con una fuerza excesiva. Necesitamos una presencia permanente de otros modelos (no pido que se censure nada),

a fin de ofrecer el pensamiento y la vida de quienes trabajan por la construcción de civilización.

Premios nacionales e internacionales

En Centroamérica me tocó ser algunos años jurado del Premio UNICEF, a los periodistas y empresas que dedicaran su atención a la niñez. En menos de tres llamados, la producción de materiales se había incrementado mucho y también la manera de tratar el tema.

Podemos aspirar a la creación de premios nacionales e internacionales a experiencias por la paz y la tolerancia, a comunicadores y empresas que dediquen sus esfuerzos a esa causa.

Análisis de mensajes

Hemos trabajado mucho tiempo en esa línea, pero aquí queremos sugerir una variante: analizar los mensajes de nuestros medios por ausencia:
¿Qué no estamos diciendo, mostrando, impulsando de la tolerancia y de la paz?, ¿Qué excluimos? Esto nos dará la dimensión de nuestra posible ausencia en esta verdadera misión.

Contra las generalizaciones

Aquí soy taxativo: luchar en todos los frentes contra las malas generalizaciones, contra los estereotipos que nos condenan a ver a los otros como si se resolvieran en unas pocas notas, como si nada hubiera más allá de ellas. Y para vencer las generalizaciones necesitamos revisarlas en nosotros mismos, evaluar con firmeza nuestras propias percepciones para luego abrirnos a las ajenas.

En este esfuerzo resulta imprescindible impulsar el intercambio de programas y otros materiales entre países, la generación de puntos de encuentro entre culturas, la búsqueda de la integración a través del mutuo conocimiento. Nada de esto es imposible, lo sabemos. Existen materiales y maneras de intercambiarlos. La alternativa pasa por la voluntad de promover nuestros ideales.

Verdad y Violencia

Gandhi afirmaba, y lo demostró toda su vida, que los caminos hacia la verdad no pueden ser violentos. Hemos aprendido en estos duros años de fin de siglo que hay también verdades, que la diversidad es nuestra riqueza, que las múltiples voces son el resultado de múltiples formas de ser y de percibir.

Si los caminos hacia la verdad no son violentos, la base de nuestra relación se funda entonces en el respeto, preciosa palabra que significa "ver al otro, captarlo como él es"

No pretendemos de los medios de comunicación ni la censura ni la autocensura, pero podemos insistir en que los caminos hacia la verdad y el entretenimiento no necesariamente son violentos.

Índice

1. Pórtico.
2. Contenidos y forma de trabajo.
3. Para una historia de la violencia.
    - Las víctimas de la violencia.
    - Todas las guerras.
    - La destructividad humana.
    - El vasto territorio del poder.
    - El vasto territorio de la humillación.
    - El poder y los más débiles.
4. Violencia abierta y violencia silenciosa.
    - Las precarias condiciones de vida.
    - La otra violencia.
    - El callar y el acallar.
    - Naturalización de la violencia.
    - Acción destructiva sobre los otros.
    - Violencia y vida cotidiana.
    - La trama más delicada.
5. Derechos humanos y necesidades básicas.
    - Una demora de siglos.
    - Necesidad de seguridad.
    - Necesidad de abrigo.
    - Necesidad de confianza.
    - Necesidad de comunicación y convivencia.
    - Necesidad de oportunidades de existencia física y emocional.

Necesidad de cultura familiar.

Necesidad de amor.

6. Violencia y sectores vulnerables.

Los usos sociales de los niños.

La naturalización del escándalo.

Discurso identitario aplicado a los jóvenes.

El filicidio.

La identificación con la violencia.

La identificación con la anomia y el desorden.

La identificación con el puro goce.

La identificación con el riesgo y la vulnerabilidad.

La condena a ser un simple tránsito.

El adultocentrismo.

El tardío reconocimiento de los derechos de la mujer.

Concepto de género.

Violencia de género.

La victimación.

Consecuencias de la violencia de género.

Usos sociales de la mujer.

7. Propuestas para la comprensión y la convivencia.

La toma de conciencia y la comprensión.

La escucha de las razones y sentires ajenos.

Repensar y transformar el ejercicio del poder.

Hacia relaciones libres y solidarias.

Hacia la recuperación de la cultura familiar.

8. Anexo.